

Fernanda Gastaldello

André Léo (1824-1900): escritora del siglo XIX

Fernanda Gastaldello es profesora de Lengua y civilización francesa en un liceo de Rovigo, Italia. Estudió en la Universidad de Padua, donde inició sus investigaciones sobre André Léo, sintetizadas en su tesis *André Léo: ¿Quel socialisme?* (Padua 1979, 379 páginas). Publicó un artículo, *André Léo, scrittrice d'avanguardia*, en *Francia*, n° 39-40, 1980. Con ocasión del centenario de la muerte de la escritora y a petición de algunos amigos de Poitiers, volvió sobre este tema con esta biografía comentada, publicada por Les Éditions Chauvinoises en su Cahier (cuaderno) 26, 2001. Esa casa editorial también dedicó a André Léo sus cuadernos n° 29, 31 y 41.

La traducción está hecha a partir de la versión colocada en la web de la Association André Léo, a la que agradecemos su ayuda y su extraordinaria labor, así como a Fernanda, sin cuya amabilidad y generosidad habría resultado imposible esta publicación en castellano.

Les Éditions Chauvinoises:

<http://www.chauvigny-patrimoine.fr>

Association André Léo: <http://www.andreleo.com>

Las conmemoraciones siempre son buen momento para relecturas, reflexiones y confrontaciones de ideas. Teniendo en cuenta que en el año 2000 se cumple el primer centenario de la muerte de la escritora André Léo, creo necesario confirmar y reactivar la originalidad y el alcance de su obra, para enriquecer un debate que, desde hace algunos años y tras un siglo de olvido, comienza a dar testimonio de una concreta y definitiva voluntad de rehabilitación.

Ha habido en torno a ella un silencio difícil de comprender y justificar. La escritora Edith Thomas recordó en su libro *Les pétroleuses* los méritos de André Léo, preguntándose al mismo tiempo por qué no se le había reconocido el lugar que le correspondía:

“André Léo expresó en sus excelentes artículos los propósitos de la Comuna y el pensamiento coherente que animó a los mejores comuneros. Podríamos preguntarnos a qué se debe esa injusticia histórica que ha negado el lugar que por derecho corresponde a una mujer que escribió novelas más que estimables y que jugó un papel importante en la Comuna” (1).

Aunque parte de la crítica la consideró una “marisabidilla” (2), también obtuvo comentarios favorables al inicio de su carrera literaria. Así, por ejemplo, sobre una de sus primeras novelas, *Un mariage scandaleux*, Duriez escribía: “Para mí, esta novela es una de las obras más destacables entre las que han despuntado en los últimos años... la mano que está tras ese seudónimo no se quedará aquí y pronto nos dará otras obras dignas de la atención de la crítica” (3).

André Léo fue una mujer de sólidos principios, que defendió su causa a través de su obra literaria y de sus actividades políticas. Militó intensamente, sin componendas, a veces en solitario, para defender los principios de solidaridad, cooperación, emancipación, igualdad, justicia y democracia. Quiso y supo alzar su potente y orgullosa voz, incluso para discrepar de sus camaradas y compañeros de lucha, como en el “caso Rossel” (4) durante la Comuna de

París o cuando tomó claro partido contra Marx y el Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), a la que consideraba una institución autoritaria, jerárquica y demasiado ligada a la vieja organización social.

André Léo abordaba temas candentes, peligrosos, molestos para la opinión pública y el orden social, defendiendo en sus textos la educación de las mujeres y su derecho a un salario similar al de los hombres, o condenando los matrimonios “de conveniencia” y las religiones que se aliaban con los sistemas políticos autoritarios y centralizados, por citar algunos de los temas que más le interesaban.

Rechazada por la burguesía, de la que sin embargo procedía, y por importantes sectores del socialismo contemporáneo, quedó destinada al aislamiento y al olvido. Por otra parte, su condición de mujer no la ayudó a afirmarse en una sociedad en la que los prejuicios sobre la inferioridad de las mujeres estaban muy arraigados.

No cabe duda de que el camino para comprender el alcance de sus ideas y sus méritos literarios, haciéndole por fin justicia, pasa por la reedición de su obra y por la lectura directa de sus novelas, de sus cuentos, de sus tratados y de sus numerosos artículos de prensa.

I Los primeros años en Poitou

La familia Béra

Léodile Béra, pues ése era su verdadero nombre, nació el 18 de agosto de 1824 en Lusignan, departamento de Vienne. Nacida en una honorable familia de la media burguesía, fue la quinta de ocho hermanos, nacidos de los tres matrimonios contraídos por su padre.

Es importante señalar que la biografía de André Léo ha sido estudiada con muy poca atención por historiadores del pasado, de lo que son ejemplos flagrantes los errores sobre su nombre y su lugar o fecha de nacimiento presentes en Larousse, Lorenz, Maitron, Noël o Visages du Poitou (5). Mis

fuentes son directas: los registros de nacimiento del ayuntamiento de Lusignan.

Su abuelo paterno, Joseph Charles Béra, influyó considerablemente en su educación. Era abogado y entró en política durante los sucesos revolucionarios de 1789. Fundó, con otros francmasones, el club *Les amis de la Constitution*, destacando como orador. Desafió a la nobleza y al clero de Poitiers, defendió el derecho a la educación de la clase media y mostró aprecio hacia los campesinos y su trabajo (6).

El padre de Léodile, Louis Zéphirin Béra, fue primero oficial de marina y después abogado. Ejerció como notario en Lusignan y más tarde como juez de paz en el cantón de Champagné Saint Hilaire, siendo su trabajo muy apreciado por sus administrados. Se casó tres veces. Léodile nació de su tercer matrimonio, contraído con Thalia Belloteau.

La familia Béra se instaló pronto en Champagné Saint Hilaire, a 25 km de Lusignan, en el dominio de la Carlière, una propiedad privada comprada tras ser declarada bien nacional después de la Revolución Francesa (NT 6a). André Léo vivió allí hasta los 27 años. Se fue de Champagné en 1851, año de su matrimonio.

Periodo de formación

Es evidente que esos años pueden considerarse como años de formación, en los que todo, sus estudios, sus lecturas de la biblioteca familiar o la observación cuidadosa del entorno rural que la rodeaba, contribuyó a formar su personalidad y a preparar su posterior compromiso. Incluso mucho tiempo después, aparecerán en sus artículos y, sobre todo, en sus novelas, temas relacionados con su juventud en Poitou.

Durante sus estancias en el extranjero, Suiza o Italia, y durante sus experiencias parisinas, recordó con nostalgia y ternura el terruño de su país natal y los modos de vida sencillos y auténticos de los campesinos, aunque también recordó su miseria, con afecto y realismo: “Bajo un cielo despejado se extiende una vasta llanura... Aunque está

sembrada de macizos florales y de bosques, cubierta por una alta cabellera de brezales, de lejos parece deshabitada; pero al recorrerla se descubre aquí y allá, a la vuelta de una olmeda, el techo de una pequeña granja, con sus campos rojizos y su prado, cuyo alegre verdor resalta sobre el fondo sombrío de la landa... Es una de las zonas más fértiles de Francia, en Poitou, que se extiende sobre vastas tierras sin cultivar, llenas de una belleza poética muy particular, pero que nos entristecen desde el punto de vista del bienestar de la población” (7). A veces, la detallada descripción de los recuerdos se convierte en un valioso testimonio sobre las antiguas costumbres y tradiciones de Poitou:

“Los antiguos vestidos propios de la zona de Poitou cercana a Deux-Sèvres son muy pintorescos. Digo 'antiguos' porque muy pocos jóvenes los usan hoy en día, salvo en zonas muy rurales... Hoy, en los pueblos grandes, al igual que en las ciudades, las mujeres arrastran, entre el fango de las calles, el polvo de los campos y el sudor del trabajo, una falda larga, a veces con volantes hechos jirones, en lugar de la falda corta de borra, que daba a la campesina un aire tan limpio y ágil, además de hacer más cómodos sus movimientos. Anteriormente, la antigua cofia blanca de linón (como decían nuestros padres) enmarcaba a las mil maravillas una cara fresca, que sorprendentemente nos parece menos fresca y bonita desprovista de ese ornamento.

Todavía se pueden encontrar en las inmediaciones de Lusignan a habitantes de las granjas y aldeas tocados con un sombrero de fieltro negro y alas anchas, vestidos con una blusa de algodón azul, bordada en cadeneta de hilo rojo y blanco alrededor del cuello, de las mangas y de todas las costuras, con la corbata de indiana de colores brillantes; pero son pocos, o quizá ninguno, los ancianos que aún utilizan el pantalón corto y las polainas de toalla, ese pantalón corto que ya no se quiere en ningún sitio, salvo en los patios escolares, último asilo de la ropavejería del siglo pasado” (8).

En estos mismos años comienza a tomar conciencia y a reflexionar sobre un montón de injusticias o prejuicios: los campesinos en general, y más aún las mujeres en particular, recibían un salario ridículo a cambio de un trabajo extenuante y no era raro que muriesen de inanición en años de hambruna. Víctimas de siglos de ignorancia, aceptaban su suerte. Las mujeres tenían que soportar, además, las fatigas domésticas. Por su parte, la pequeña burguesía soñaba con un estatus social más alto y despreciaba los valores sanos y sencillos del campesinado. Estas reflexiones sobre el sufrimiento del mundo campesino y las falsas ambiciones de la pequeña burguesía cambiaron el curso de la vida de Léodile, que abrazó la causa de los oprimidos. Su relación y futuro matrimonio con el socialista Grégoire Champseix representaron una etapa significativa en este camino.

Une vieille fille

A Léodile ya le apasionaba entonces la escritura. Su primera novela, *Une vieille fille*, fue escrita, sin duda, en su tierra natal, pues su primera edición data de 1851 (9). Hay aún un ejemplar en el *Gabinetto Scientifico Letterario Giovan Pietro Vieusseux* de Florencia. Fue editada en Bruselas, por el impresor y editor Alphonse Nicolas Lebègue, que, ayudado por su esposa, Marguerite Schubert, publicó entre 1842 y 1854 obras francesas que, en su mayoría, sólo habían aparecido por entregas en revistas o periódicos franceses (10).

En esa época, Bélgica era el centro de la “piratería” de obras francesas y el editor podía publicar sin consentimiento del autor. Por eso, Lebègue inscribió en el frontispicio del libro la fórmula “propiedad del editor” (11). Esta edición belga de 1851 nos permite suponer que *Une vieille fille* se publicó por entregas ese mismo año o poco antes en una revista o un periódico francés. La novela transcurre en Suiza, cerca de Lausana. Cuenta la historia de un joven estudiante montañés alemán, Albert, que da clases particulares a los aldeanos. Se aloja

en casa de Marie Dubois, mujer sensible y generosa, pero a menudo triste, mucho mayor que él. En el pasado se había sentido juguete de un hombre al que creía enamorado de ella. Decepcionada, había decidido llevar una vida solitaria, apartada del mundo. Pero Albert se siente cada vez más atraído por María, con la que había descubierto muchas afinidades, a pesar de que ella era diez años mayor. Su amistad se fortalece y tras varias vicisitudes se casan y tienen un hijo.

En esta novela ya podemos admirar su placer al describir los bellos paisajes, el lago, las montañas suizas, evidentemente ya conocidas por Léodile, así como una delicadeza extrema en el análisis de los personajes.

También encontramos en ella un desafío a los prejuicios habituales. La autora se declara contraria a las uniones calculadas y superficiales y a la idea de que la belleza es la cualidad más importante en una mujer. Según ella, lo que da verdadera felicidad es el triunfo del amor.

II Suiza, primer periodo (1851-1860)

Matrimonio

Léodile se casó con Pierre Grégoire Champseix, redactor de revistas liberales como *Revue Sociale*, *Eclaircur du Centre* y *Peuple*, así como uno de los principales discípulos de la doctrina del filósofo Pierre Leroux (12).

Léodile era hija de la pequeña burguesía, mientras que Grégoire era hijo de campesinos. Su unión contravenía las costumbres sociales de la época, según las cuales las familias organizaban los matrimonios dentro de su rango social, considerando la dote o los títulos honoríficos. Pero Léodile y Grégoire se amaban con convicción profunda y Grégoire pidió la mano de Léodile a su padre, quien aceptó. Tras el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, Grégoire se refugió en Lausana, Suiza, donde se le unió Léodile.

La boda tuvo lugar en la Iglesia Católica de

Assens (13) el 20 de diciembre de 1851, una vez que la pareja obtuvo las actas civiles y religiosas necesarias así como la dispensa de la autoridad eclesiástica para celebrar el matrimonio durante Adviento (14). Grégoire había obtenido por concurso el puesto de profesor de la universidad.

Léodile se dedicaba apasionadamente a escribir. En Suiza, André Léo escribió su novela más famosa, *Un mariage scandaleux*, e inició *Un divorce*, novelas publicadas pocos años más tarde en Francia. Más adelante hablaré de ellas.

La fuerza del amor

La unión entre Léodile y Grégoire fue feliz y la escritora consideró que era un imitable modelo edificante. El matrimonio fue tema privilegiado en las novelas de André Léo. El amor, el intercambio de ideas y el respeto mutuo representaban para ella la condición necesaria para garantizar no sólo la felicidad de la pareja sino también la renovación de la sociedad y la moralización de las costumbres. Según André Léo, la familia era de hecho el motor de la sociedad: si dentro de la familia se respeta la libertad y la dignidad de los demás, nos haremos “verdaderos demócratas” en la sociedad.

André Léo creía profundamente en el amor y siempre cantó sus virtudes: “Creo con todas las fuerzas de mi alma en el amor verdadero, ideal y carnal, aspiración de todo ser, en el que la mujer ya no es ídolo de un día sino compañera, esposa, novia, amante de toda la vida; creo en el amor que eleva, que moraliza, fecundo, para el que la familia es el objetivo y una de sus principales alegrías... ese amor es el único que responde individualmente a todas nuestras necesidades y socialmente a la justicia, de la misma manera que es físicamente conforme a las leyes naturales” (15).

De su unión nacieron en Lausana, el 8 de junio de 1853, dos gemelos a los que dieron los nombres de André y Léo, de los que deriva el seudónimo utilizado por Léodile Béra. Es de suponer que no fueron bautizados, ya que la casilla reservada para el bau-

tismo en el registro de nacimientos está vacía (16).

Vivieron nueve años en barrios populares de Lausana. En 1857 se aproximaron al lago, instalándose en Cour, un barrio aún muy rural, y más tarde regresaron a Lausana (17). En la primavera de 1860 se trasladaron a Ginebra, donde Grégoire se puso al frente de la administración del periódico liberal *L'Espérance*. Se quedaron sólo unos meses, ya que volvieron a Francia tras la amnistía del 3 de agosto de 1860 para los exiliados políticos, estableciéndose en el barrio parisino de Batignolles.

III Novelista antes de la Comuna (1861-1870)

El éxito literario

Léodile, que ya había escrito en Suiza *Un mariage scandaleux*, terminó *Un divorce* en octubre de 1861, probablemente en Fontmort, región de Cevennes (18).

En la capital hizo vanos esfuerzos para encontrar editor o conseguir su publicación en un periódico, pero su doble condición de mujer y principiante le cerraba el acceso a los diarios. Los editores también le acusaron de escribir novelas de tesis, moralizadoras, cuando la tendencia imperante era la edición de novelas más bien “superficiales”, a lo que hace referencia en *Les deux filles de M. Plichon*: “Si su amigo quiere hacer filosofía, que la edite él mismo, así obtendrá el placer de leerse en letra impresa. Pero si quiere escribir novelas y ser leído por otros, debe ocuparse sólo de la imaginación del lector” (19).

Finalmente, tras muchos rechazos, en 1862 *Le Siècle* aceptó publicar *Un divorce* por entregas. Por el contrario, *Un mariage scandaleux* no encontró editor ni periódico dispuesto a publicarla. Finalmente, Léodile, que consideraba valiosa su novela, se aventuró a imprimirla por su cuenta ese mismo año (20).

La novela recibió pronto críticas favorables, lo que alentó a la autora tras las decepciones sufridas por los muchos recha-

zos. El horizonte se despejaba y los estímulos se multiplicaban: “Hay hermosos paisajes... descripciones encantadoras: vemos alzarse la niebla, los surcos que humean, se siente el calor opresivo del mediodía y la dulce brisa de la tarde...”, “Hay páginas tan bellas como las más bellas de George Sand. La misma fuerza, la misma amplitud, la misma sencillez; quizá menos idealidad, pero con un plan mejor diseñado y con una observación más precisa” (21).

Un divorce y *Un mariage scandaleux* retoman con más fuerza que *Une vieille fille* el tema del amor y de los matrimonios de conveniencia. En *Un divorce*, sobre todo, André Léo puso al descubierto los efectos nefastos de las uniones rotas por no basarse en fundamentos sólidos y honestos; estudió de forma lúcida las consecuencias del divorcio, la angustia de la criatura que padre y madre se disputan, el dolor de la madre que no puede sobrevivir a la muerte de su hijo. André Léo nos pone en guardia contra una falsa concepción del amor: “Los hombres han convertido en perversión el amor que Dios les había dado. Pues bien, que la desgracia, el crimen y la vergüenza prevalezcan en el matrimonio y trastornen la sociedad hasta que finalmente se aterroricen y renuncien a hacer del acto más solemne pasto de sus orgullos y codicias” (22).

En *Le mariage scandaleux* la heroína, Lucy, hija de la media burguesía de Poitou, consigue realizar su proyecto amoroso, casarse con Michael, un joven campesino con ganas de instruirse y que estudia con determinación botánica y agricultura, pero también geografía y un poco de historia, convirtiéndose en un “capacitado agricultor”. Con ese matrimonio Lucy y Michel desafían las costumbres sociales y los prejuicios pueblerinos. Procedentes de diferentes clases sociales, a estos jóvenes no se les reconocía el derecho a amarse y casarse, pero el éxito de su unión pone al descubierto la vacuidad de los usos establecidos por la tradición.

Esta novela hace un retrato de la sociedad.

A través de los acontecimientos del relato, André Léo retrató a burgueses y campesinos. En particular, denunció los prejuicios de la burguesía, sólo preocupada por las apariencias, y expresó un favorable aprecio hacia los campesinos. Michel es justo y sincero. Se expresa con sencillez, pero tiene una sólida moral. Por sus descripciones minuciosas y coloridas de los paisajes y tradiciones locales esta novela también es reveladora del profundo apego de Léodile a su tierra natal.

Estos primeros éxitos literarios animaron a André Léo a seguir escribiendo.

El *Grand Larousse Encyclopédique du XIXe siècle* señaló que “la feliz madre podía en justicia estar orgullosa de obtener con sus propios recursos y con su inteligencia los medios necesarios para sufragar los gastos de la educación de sus hijos”, a la que daba particular importancia. Pero este éxito también fue causa de la dolorosa ruptura de relaciones con la familia Béra, que no aceptó el compromiso “subversivo” de Léodile (23).

“Elisa Lemonnier, una generosa mujer fundadora de una escuela profesional para muchachas y siempre dispuesta a patrocinar cualquier obra moral, la ayudó con su influencia y, secundada por el éxito de *Un mariage scandaleux*, procuró a la señora Champseix un editor titular y nuevas y sinceras amistades” (24).

Pero este periodo de calma fue pronto turbado por un terrible suceso. Gregory Champseix, a cuya salud afectaron mucho las penurias del exilio, cayó enfermo y murió el 4 de diciembre de 1863. “El partido demócrata perdió a un hombre justo y generoso, siempre fiel a sus ideas” (25).

Desde entonces, André Léo repartió su tiempo entre una intensa actividad literaria y periodística, un apasionado compromiso político y sus hijos, a los que adoraba. Con ritmo regular e intenso, se sucedieron novelas, cuentos, dos tratados, un ensayo y varios artículos.

En 1865 André Léo publicó con el editor Faure *Les deux filles de Monsieur Plichon*,

novela epistolar (62 cartas) cuya acción se desarrolla entre 1846 y 1852. Dos jóvenes amigos burgueses, muy diferentes entre sí, comparten sus experiencias vitales y abordan varios de los temas habituales de la autora: el amor en el matrimonio, el papel de los prejuicios y, también, las vanidades, las intrigas y el bullicio de la vida parisina, en contraste con la sencillez y tranquilidad de la vida rural. Si en *Un mariage scandaleux* el papel de héroe lo representaba Michel, el inteligente campesino que quería instruirse para mejorar su estatus, en *Les deux filles de Monsieur Plichon* el héroe es William, un joven burgués que compra cien hectáreas de brezales silvestres y las transforma en una granja fértil, gracias al estudio de la agricultura, a la investigación agronómica y al intercambio de ideas con otros propietarios rurales franceses, alemanes e incluso ingleses. Él y su esposa sueñan en promover la educación de los niños del pueblo, mediante la creación de una especie de escuela campestre en la que aprenderían a leer y escribir, pero también “ciencia aplicada, en la que se pueda descubrir a los niños los secretos de la naturaleza sin despojarlos de su poesía” (26).

La necesidad de la educación

El tema de la educación es central en dos novelas aparecidas durante el mismo año, *Jacques Galéron* y *Observations d'une mère de famille à Monsieur Duruy*.

En aquella época la enseñanza primaria estaba regulada por la ley Falloux (1850), que favorecía la enseñanza confesional y determinaba el papel de los maestros: “El principal deber de un maestro es dar a los niños una educación religiosa y grabar profundamente en sus almas un sentimiento de obligaciones hacia Dios, hacia su familia, hacia las otras personas y hacia sí mismos” (27). Aunque la ley no lo estipulaba, en realidad los maestros estaban sujetos a la autoridad del sacerdote y del alcalde. Muchos sacerdotes *utilizaban sus derechos con intransigencia e insistieron en hacer sentir su poder* (28), de manera que algunos

maestros, por miedo a ser despedidos o trasladados, sufrían pasivamente estas ingerencias.

Jacques Galéron, protagonista de la novela homónima, es, por el contrario, un maestro que paga las consecuencias de su independencia y es despedido por denunciar la omnipotencia de la Iglesia en la escuela.

“¿Hay que dejar de ser hombre para ser maestro? ¿Tiene que depositar su conciencia, su dignidad, su inteligencia, sus afectos, incluso el honor de su esposa, en manos de un cura, alguien al que su espíritu de casta convierte en enemigo?” (29).

El libro muestra las dificultades y la soledad a la que se le condena, despreciado por unos, diana de la envidia de otros: “la burguesía le desdeña, los campesinos le envidian porque, nacido entre ellos, se gana el pan sin el sudor y la fatiga de su cuerpo” (30).

En este periodo, Victor Duruy, ministro de Instrucción Pública (31), había hecho importantes reformas en el sistema educativo, como la educación gratuita y obligatoria y la organización de la educación de las niñas, lo que indignó al clero aunque el sistema educativo conservaba su carácter confesional. André Léo se dirigió a él directamente a través de una carta pública, *Observations d'une mère de famille à Monsieur Duruy*. ¿Cuál es el propósito de la educación?, le preguntaba. ¿Sigue siendo la religión y los dogmas? En vez de hacer pensar al niño, se le obliga a creer en dogmas y verdades que no pueden ser probadas. Sin embargo, lo que necesita aprender es la realidad que nos rodea, la naturaleza, los avances de la ciencia, la historia de las civilizaciones, el amor por la humanidad, en definitiva la “moral humana”, basada en la fe en el progreso y en el respeto a todas las personas.

Si el niño necesita lo imaginario para interesarse en algo, démoselo, pero verdadero: “en la historia sagrada de la naturaleza abunda lo maravilloso” (32).

André Léo creía que se expandiría el espíritu de los niños y que éstos se habituarían

al razonamiento si se utilizaba una metodología basada en la observación y la práctica (33), y si se les presentaban programas atractivos, adaptados a ellos, fáciles de elaborar y de comprender.

Para André Léo la psicología del niño tenía un papel fundamental en la definición de los objetivos educativos. Se oponía a los métodos acostumbrados, que se apoyaban en gran medida en la mortificación del alumno: “llovían golpes y la palmeta era el principal atributo de aquellos maestros que sólo contaban con el miedo para imponer un inicio de sabiduría” (34).

Hoy en día esta óptica ha cobrado plena actualidad. Desde hace algunas décadas la pedagogía se orienta en esa dirección y valora las necesidades del estudiante, haciéndole asumir una posición central en la actividad didáctica.

La atención prestada por André Léo hacia la definición de un aprendizaje activo, capaz de captar el interés y enseñar cosas útiles, testimoniaba también su voluntad de atraer hacia la escuela a las masas, especialmente a los campesinos, para capacitarlos como tales y hacer de ellos buenos ciudadanos. A mediados del siglo XIX la ignorancia estaba muy extendida en Francia y era agravada por el odio de los campesinos hacia la enseñanza, a la que consideraban un lujo inútil. Hablar de la escuela tenía entonces un valor ideológico y reflejaba la aspiración a una sociedad democrática, republicana y laica. En efecto, sólo a través de la instrucción podría el pueblo realizar su emancipación y liberación social: “la instrucción del pueblo, todo depende de ella y todo es vano sin ella” (35).

Una novela feminista: *Aline-Ali*

Tras *L'idéal au village* (1867) André Léo abordó en *Aline-Ali* (1869) el tema de la supuesta inferioridad de la mujer. En esos años el debate sobre el trabajo y la emancipación de la mujer era muy intenso (véase más adelante el capítulo *La defensa de los derechos de la mujer*). André Léo ya había publicado un tratado sobre la condición de

la mujer, *La femme et les mœurs. Liberté ou monarchie*, pero quería abordar el tema para el público en general, lo que hizo a través de una novela bastante original, cuyo tema es la alienación de la mujer en el matrimonio.

Suzanne se siente víctima de la tiranía de su marido y su sufrimiento la conduce hacia el suicidio. Alertada por su hermana, Aline decide disfrazarse de chico para estudiar de cerca la verdadera naturaleza de los hombres: “Con esta ropa... he podido comprobar la justicia de las acusaciones hechas por mi hermana y unir la amargura de mis hastíos a las lecciones de su cruel experiencia” (36). Así, Aline podrá, en particular, conocer como hermano y amigo al hombre con quien querría casarse.

La estrategia del disfraz también permitió a André Léo demostrar que ciertos prejuicios contra las mujeres son injustificados. Da un ejemplo flagrante: la misma obra que fue rechazada por un editor a una mujer, fue aceptada después al ser presentada por un hombre.

Posteriormente, publicó varios cuentos: *Double histoire, histoire d'un fait divers* (1867), *Attendre-Espérer* y *Les désirs de Marinette* (1868).

Attendre-Espérer es una historia íntima sobre un amor de complicada realización. Pero su tema central vuelve a ser la educación, a través de una escuela para adultos con un amplio programa capaz de interesar a los participantes. Abundan las descripciones de paisajes, que vienen a confirmar la especial sensibilidad de la escritora ante la naturaleza, una naturaleza extremadamente vital, que hay que saber observar, frecuentemente en armonía con los sentimientos y el alma de los personajes, o incluso capaz de dar al protagonista la fuerza precisa para superar los obstáculos: “Sólo los caminantes que no le hacen remilgos a tumbarse sobre el seno de la madre común conocen esa actividad prodigiosa y ese tumulto aturdidor contenidos en lo que los superficiales llaman el silencio del campo o la calma de la naturaleza. No hay nada en Londres o

París de elaboración más inmensa, más apasionada, más compleja que la de este laboratorio de fuerzas secretas en el que, desde la flor a la semilla, desde la savia hasta las raíces, desde la luz a las texturas, desde la célula a la especie, todo se mueve sin cesar” (37).

Pero también se descubre, como en los románticos, el aspecto consolador de la naturaleza: “Le agitaban muchos temores, pero el cielo era tan espléndido, todo a su alrededor era tan fecundo, tan puro, tan potente y respiraba tanta vida, que el aire caliente y fragante, a la vez que llenaba su pecho, daba esperanza a su corazón” (38).

En *Les désirs de Marinette*, André Léo aborda con una moralidad severa el tema del poder del dinero a través de las vicisitudes de la protagonista. Marinette está sola y es infeliz por haber buscado la felicidad en una vida rica y mundana, descuidando a su familia y especialmente a sus tres hijos. Sin embargo, se reencontrarán para comenzar una nueva vida cuando Marinette abandona permanentemente esos proyectos.

En 1868 André Léo escribió tres cuentos en París, en honor de su esposo Gregory Champseix, natural de Treignac, en el departamento de Corrèze: *Le vieux David*, *Le tisserand, le tailleur et le berger* y *Le Drach*, a los que reagrupó bajo el nombre de *Légendes corréziennes*. Son historias del país que se convirtieron en leyendas; las publicó dos años más tarde, en 1870.

Un panorama de la sociedad

Las novelas de André Léo presentan una amplia panorámica de la sociedad de la segunda mitad del siglo XIX. Revelan la condición de vida de la mujer, campesina o burguesa, su sumisión primero al padre y luego al marido, la tradición de los matrimonios de conveniencia. En ellas se aprecian las sencillas costumbres campesinas, opuestas a las tensiones de la ciudad, y se da a conocer el papel de la burguesía y el poder del dinero. También se reflexiona sobre la importancia de la educación.

Son novelas de tesis, dirigidas a educar en

la virtud y a moralizar las costumbres. El estilo era intencionadamente sencillo, a veces declamatorio y sentencioso, para garantizar su función didáctica. Las historias contadas, que tenían que ganarse al lector, proponían situaciones complicadas con desenlaces felices. Pero esta escritura estrechamente ligada a objetivos morales se liberaba frecuentemente de esa limitación y dejaba que se expresase un alma sensible y un lirismo convincente, propios de una verdadera artista.

IV La actividad de periodista (1867-1870)

La Coopération, L'Égalité, L'Agriculteur

A partir de 1867 emprendió su intensa carrera de periodista (39). Escribió varios artículos de gran interés sobre cuestiones sociales para *La Coopération* (40).

Hizo reportajes muy detallados sobre la diferencia entre la ciudad y el campo en cuanto a condiciones de trabajo y sobre las fuertes desigualdades salariales entre hombres y mujeres, pues éstas cobraban la mitad que aquellos. También estudió las consecuencias del trabajo hecho en los conventos por las religiosas, que inevitablemente reducía el precio de la mano de obra.

“El jornal en los campos es más o menos el mismo en todos los sitios: para los hombres, un franco y la comida o dos francos sin ésta última; para las mujeres, entre 40 o 50 céntimos con la comida y 75 céntimos sin ella. En las ciudades, el jornal depende de la industria de que se trate, pero para las obreras es el mismo que el de las pobres mujeres rurales, entre 40 y 50 céntimos. Eso se debe al trabajo de los conventos, que lanzan al mercado enormes cantidades de prendas a precio reducido” (41).

Solicitó la constitución y difusión de asociaciones obreras, no sólo con el objetivo práctico de lograr mejores condiciones de trabajo, sino también y sobre todo con un objetivo formativo, para elevar el nivel moral de sus asociados: “No se trata de for-

jar un simple engranaje, se trata de establecer un nuevo orden de relaciones humanas. La asociación no tiene como único objetivo el bienestar, también obliga a ser justo y eleva necesariamente el nivel moral” (42). Para ella, con frecuencia la asociación era condenada al fracaso por el espíritu autoritario de sus miembros. Era necesario, por tanto, saber convertirse en verdaderos demócratas, renunciando a egoísmos: “Es necesario confesar que la democracia de la que tanto se habla tiene tantas dificultades de hecho para avanzar por su escaso arraigo en los propios individuos. Para crear, hay que ser, sólo puede realizarse lo que se tiene en sí mismo. Con frecuencia se observa un espíritu despótico entre quienes reclaman la libertad. Un rebelde amor propio es suficiente para odiar la tiranía, pero la equidad hacia los demás exige espíritu de justicia y sacrificar el egoísmo” (43).

André Léo solicitó la realización de fiestas cooperativas, entendidas como momentos alegres de instrucción y educación para el pueblo, que encontraría demasiado fatigosa la participación en las clases nocturnas: “El futuro de la educación depende completamente de la posibilidad de hacer atractiva la moral y de hacerla penetrar en la vida como el perfume en la flor... El pueblo necesita expansión, alegría, movimiento, espectáculo, algo que satisfaga la búsqueda instintiva de lo bello... Necesita fiestas” (44). Fustigó la miseria, *una plaga material moralmente no menos temible* (45), y la embriaguez, *único placer del pobre, que degrada al obrero, arruina las familias y rebaja la talla moral* (46).

Reflexionó sobre el principio y el valor de la libertad, el bien supremo del ser humano. Libertad de actuar para reaccionar y combatir contra la “fatalidad” y las costumbres que demasiado a menudo regulan nuestra vida, con el fin de “transformar las relaciones humanas haciendo penetrar en ellas la fraternidad y la justicia” (47).

Esta idea de libertad “activa” se enfrentaba a las doctrinas habituales en economistas

como Dunoyer, León Ramber y Renan, que consideraban que la desigualdad era necesaria e ineluctable. André Léo retomará esta idea en *La grande illusion des petits bourgeois*: “Lea a los economistas, señor Roger; le dirán que la miseria es un mal necesario, que la miseria y la desigualdad son cosas inevitables en la mejor organización social” (48).

En febrero de 1869, André Léo aceptó colaborar en *L'Egalité* (49), semanario cuyos principales redactores eran Bakunin, Perron, J. Guillaume et Schwitzguébel, quienes la recibieron con admiración: “Tenemos una noticia que, sin duda, agrada a nuestros lectores. Uno de los primeros escritores socialistas de Francia, la señora André Léo, nos ha comunicado que acepta ser colaboradora de *L'Egalité*” (50).

Era la ocasión propicia para que nuestra escritora precisara sus ideas sobre el valor de la igualdad, pero sobre todo, según creía ella, sobre los medios a adoptar para su afirmación completa. Sin embargo, en su carta de presentación André Léo quiso expresar que sus intenciones diferían de las profesadas por sus amigos redactores, con los que estaba de acuerdo en el objetivo, la libertad para todos, pero no siempre en los medios a emplear: “Estoy de acuerdo con vosotros en cuanto al objetivo, pero a veces diferimos en cuanto a los medios” (51).

André Léo afirmaba con realismo que *antes de actuar hay que conocer el terreno sobre el que se va a caminar* (52) y que no se podía olvidar que el ser humano *quiere en razón de lo que es, de su situación, de sus propias luces* (53). Siglos de ignorancia y de oscurantismo impedían al pueblo una visión clara y correcta de la realidad en que vivía. No se trataba de censurarlo o de atacarlo, sino más bien de hacerse entender. “Para mí, se trata mucho más de entender que de odiar, de esclarecer mucho más que de vencer” (54).

En desacuerdo con los representantes del anarquismo contemporáneo, André Léo se mostraba tolerante con respecto a los trabajadores pequeños burgueses o cam-

pesinos que todavía no luchaban por el socialismo. “Van retrasados, os lo reconozco. ¿Y qué? Están en ruta, siguiendo el camino que vosotros ya habéis recorrido” (55). Fiel a los valores de justicia, tolerancia y democracia añadió: “¿Nosotros también vamos a excomulgar?... Creemos en la igualdad. Actuemos conforme a nuestra fe respetando la dignidad del otro tanto como la nuestra” (56).

El rechazo a todo sectarismo, su oposición nítida a la pretensión de dividir el movimiento de los trabajadores eran sin duda signos de su clarividencia política: sólo la unidad, pensaba ella, podría garantizar una mayor fuerza contractual y permitir ganar la batalla del socialismo.

Esta postura no podía quedar sin respuesta. El mismo día Perron reprobó y desautorizó en nombre del comité de redacción a su nueva colaboradora (57) y algunos días más tarde fue el mismo Bakunin quien tildó a André Léo y a sus amigos de “socialismo burgués” (58).

Benoît Malon (59), que se había vinculado a André Léo el año precedente con una tierna amistad, se solidarizó con ella y habló del *triste asombro que me causó la lectura de estas líneas dictadas con toda seguridad por Bakunin*. Alain Dalotel señala una cierta duplicidad de Malon, “que en aquella época formaba plenamente parte de la organización secreta de Bakunin sin habérselo contado a André Léo” (60).

Como epílogo a este “incidente”, *L'Egalité* del 10 de abril publicó este simple aviso: “lamentamos anunciar que la señora André Léo no seguirá colaborando en la redacción de *L'Egalité*”.

Pero André Léo siguió fiel a su idea y, con sus amigos Paul Lacombe, Julie Toussaint y Élisée Reclus, puso en marcha un programa de “esclarecimiento” de las masas populares y en particular de los campesinos, que eran los más ignorantes y numerosos. En su “Llamamiento a los demócratas”, redactado para la presentación de *L'Agriculteur*, justificaron su línea política: “... al salir de una larga sumisión, el pueblo,

ignorante y crédulo, pobre y dependiente, privado de todo medio para juzgar los hechos y a las personas, estaba condenado a su abdicación, sometiéndose con él y bajo el mismo yugo, por la fuerza del número, a la parte esclarecida de la nación”.

A partir del establecimiento del sufragio universal, la tarea de la democracia era evidente: esclarecer al pueblo, especialmente al del mundo rural, el más ignorante y el más numeroso (61).

El comité de redacción decidió la estructura y los contenidos del periódico: escrito en un lenguaje sencillo y atractivo, tendría que interesar a los campesinos con artículos relacionados con el trabajo en el campo. El proyecto del semanario tenía además un ambicioso objetivo didáctico, para lo que publicaría artículos de historia, de ciencias, de política y de actualidad. Pero *L'Agriculteur*, tan deseado, no pudo ver la luz. En pleno régimen imperial, demasiadas dificultades impedían la organización y la realización de la propaganda democrática.

V El encuentro con Benoît Malon

André Léo conoció a Benoît Malon en 1868. Léodile era ya escritora y periodista reconocida y él estaba al principio de su carrera política. La intensa correspondencia íntima que A. Dalotel ha dado a conocer muestra a un Malon *alumno atento y con ganas insaciables de saber* (62).

Muchas cosas los acercaban: la soledad, el sufrimiento, la moral, la poesía campestre (63).

Malon se desesperaba por *ser indigno* del afecto que Léodile le profesaba y declaraba su devoción hacia ella: “desde hace seis años eres el ideal de mi vida, el alma de mi alma” (64).

A menudo se ponían de acuerdo en las cuestiones de principio: compartían las mismas opiniones sobre la condición de la mujer, sobre la cuestión París-provincia, sobre la libertad de prensa, sobre la necesidad de la educación, sobre el

principio de igualdad... Vivieron no obstante experiencias políticas en las que participaron de modo completamente autónomo (65).

VI Defensa de los derechos de la mujer

Durante los últimos años del imperio, en 1868, hubo cierta libertad de acción en Francia. Las reuniones públicas no fueron prohibidas con tanta severidad y André Léo participó en ellas activamente. Las conferencias de Vaux-Hall y después las de la Redoute se dirigían a un público obrero y versaban sobre el trabajo de las mujeres y su emancipación. André Léo, Maria Deraismes, Maxime Breuil y Paule Minck abordaron valientemente temas considerados tabú por la gran mayoría del público. Discutieron sobre la condición de la mujer y sobre la necesidad de que trabajase para obtener la igualdad social. Se plantearon la creación de *cooperativas específicas de trabajo femenino* (66) y proclamaron la necesidad de que las jóvenes también recibiesen educación.

Una gran parte del público se mantenía distante, como constataba Gustave Le-français, porque los obreros franceses estaban influidos por las ideas proudhonianas respecto a la mujer (67), notoriamente antifeministas. Un segundo grupo, formado principalmente por los organizadores y los proudhonianos de izquierda, expresó su opinión favorable al trabajo de las mujeres. Estas discusiones culminaron en una votación sobre ese principio, reconociendo la igualdad de derechos de las mujeres (68). En ese mismo año, bajo el impulso de estos debates, se organizaron reuniones en casa de André Léo, que culminaron en enero de 1869 con la constitución de la *Société de revendication des droits de la femme*. Entre otras, participaron en ella Louise Michel, Maria Deraismes, la esposa de Jules Simon [NT: Émilie Boissonnet], Elie Reclus y Marthe Noémie Reclus.

En un artículo titulado “La Ligue des femmes en France”, André Léo dio a conocer

los fines principales de esta Sociedad: “informar y educar a la opinión pública para preparar a las generaciones futuras de cara a una sociedad más justa” (69).

Para responder a esta exigencia, la *Société* abordó concretamente la creación de una escuela para mujeres jóvenes. Conforme a los principios educativos sostenidos por André Léo, en esta escuela la enseñanza debía fundarse sobre una metodología activa orientada a la formación de jóvenes demócratas.

La preocupación de las militantes de la *Société de revendication des droits de la femme* también se plasmó en la redacción de un manifiesto que pedía la reforma del Código Civil, que ignoraba los derechos de las mujeres (70).

André Léo colaboró al mismo tiempo en el periódico *Le Droit des Femmes*, fundado por León Richer. Este bimensual llevaba una campaña informativa sobre el trabajo de las mujeres, la condición de las obreras, la educación, el matrimonio, la prostitución y presentaba de modo accesible la actualidad política (71). La colaboración de André Léo con este periódico sólo duró algunos meses, pero publicó allí un importante tratado sobre la condición de la mujer: *La femme et les mœurs. Liberté ou monarchie*, obra con la que quiso hacer una evaluación histórica de la condición de la mujer y replicar a pensadores pretendidamente “demócratas”, como Proudhon o Michelet, que habían insultado a las mujeres y pretendían justificar la inferioridad de éstas. Proudhon, en particular, en su libro *Justice dans la Révolution et dans l’Eglise*, había querido demostrar de modo científico la triple inferioridad de la mujer: física, intelectual y moral.

André Léo analizó y desmintió detalladamente cada una de las tesis proudhonianas. Precisó que físicamente la mujer no es inferior al hombre, sino diferente, porque su fuerza está destinada a fines diferentes, como la maternidad. Se opuso a los hombres que justificaban *el derecho del más fuerte* y proclamó *el derecho común*.

A los que acusaban a las mujeres de ser incapaces de tener elevadas ideas, aportando como prueba el hecho de que su cerebro es más pequeño que el del hombre, André Léo respondió que en lugar de pesar y medir el cerebro humano habría que investigar las causas de la apatía general de las mujeres ante la cultura y los problemas sociales. Se observaría entonces que la ausencia de educación, de libertad y de responsabilidad eran las causas determinantes de la actitud a menudo pasiva de las mujeres: “cuando la inteligencia de la mujer haya dejado de ser encerrada sistemáticamente dentro de los primeros moldes de la concepción humana; cuando se le haya devuelto el aire y la libertad; cuando reciba una educación semejante a la del hombre, entonces nuestros fisiologistas podrán coger de nuevo sus básculas y rehacer sus cálculos” (72).

En cuanto a la maternidad, André Léo quiso poner en evidencia una mistificación muy del gusto de los hombres, según la cual la mujer nació principalmente para ser madre. Si eso fuese verdad, también deberían ellos intentar que reciba una educación capaz de satisfacer las necesidades y las curiosidades infinitas del niño, y deberían respetarla. Por el contrario, la madre es despreciada en la familia y en la intimidad cotidiana.

André Léo defendía y valoraba la maternidad, pero advirtió a las mujeres contra una absorción total por ese papel. La maternidad no debe ser para las mujeres “su función suprema, su moral, porque la mujer nace, tanto como el hombre, para la vida, y su deber no puede ser anterior a su libertad, ya que sólo afecta a su conciencia, a ella misma” (73).

El trabajo haría independiente a la mujer, por eso se prefiere verla atada al hogar. Pero cuando trabaja su salario es tan bajo que no es suficiente para mantenerse a sí misma. La educación sería el principal medio de toma de conciencia, pero se ha creído siempre que *instruir a una mujer era perjudicial para su corazón*.

La prostitución, la degeneración del matrimonio, la gran difusión del concubinato en las ciudades, los infanticidios, la proliferación de los niños abandonados o el aumento del número de abortos eran consecuencias extremas de la disminución del nivel moral de la sociedad y del estado de inferioridad que sufría la mujer.

Para André Léo se trataba de reafirmar el principio de igualdad de la mujer, sancionado por la Revolución francesa pero poco asumido y poco defendido por la humanidad. Se trataba de refutar a aquellos republicanos y socialistas que querían que las mujeres siguieran sometidas al hombre y que, luchando por la democracia en cuanto a los gobiernos, justificaban y reclamaban jerarquía dentro de las familias. Se trataba, en fin, de reconocer derechos para todos los “individuos” y de admitir que las diferencias que los caracterizan no dependen del sexo, sino de las diversas realidades culturales, sociales y ambientales propias de cada persona.

De manera frecuentemente velada pero en ocasiones explícita y con tono rotundo, lanzó desde las páginas de sus novelas una propuesta muy osada y original para su tiempo: que todas las mujeres, ricas o pobres, se uniesen en una lucha común por su emancipación y por el reconocimiento de sus derechos naturales y completamente legítimos. Había que poner fin al desprecio y las injurias que se cruzaban entre mujeres de clases sociales diferentes. La complicidad con los hombres, maridos o amantes, era peligrosa para ellas mismas, pues su división reforzaba a los hombres: “Mucho tiempo nos hemos engañado y explotado las unas a las otras. Unámonos: con esta alianza recuperaremos la felicidad y la dignidad, los hombres recuperarán el honor y la humanidad reencontrará el amor” (74).

VII La militante política antes de la Comuna

Los últimos años del Imperio

A la vez que militaba en defensa de los de-

rechos de la mujer, André Léo tomó parte activa en los acontecimientos políticos durante los últimos años del II Imperio.

Cuando Pierre Bonaparte, primo de Napoleón III, asesinó al periodista republicano Victor Noir, 200.000 parisinos y parisinas acudieron a las exequias el 12 de enero de 1870. La presencia de mujeres fue muy importante. “Mujeres por todas partes”, señalaba Jules Vallès (75).

André Léo acudió a los funerales con Louise Michel, que iba vestida de hombre y llevaba un puñal bajo su ropa. Más tarde ésta escribió que *casi todos los presentes en los funerales pensaban volver a su casa bajo una república o no volver nunca* (76). Meses más tarde varios blanquistas fueron detenidos y condenados a muerte por haber intentado apoderarse de las armas del cuartel de Villette. Ambas mujeres, y Adèle Esquiros tuvieron el coraje de enviar una petición en su favor al general Trochu. Las ejecuciones, fijadas para el 2 de septiembre, fueron pospuestas y dos días más tarde, el 4 de septiembre, el Imperio cayó.

El sitio de París

Además de su activismo en el Comité de vigilancia de Montmartre, junto a Louise Michel, la señora Collet y la señora Poirier, André Léo participó también en la vida de los clubes, que se habían multiplicado desde el 4 de septiembre. En ellos se discutía sobre la defensa de París, sobre el envío de delegaciones al Hôtel de Ville, se exigían incursiones masivas y se polemizaba sobre el socialismo (77).

Los acontecimientos políticos de estos meses se sucedían a un ritmo acelerado y André Léo se reveló como una militante apasionada e infatigable. El 18 de septiembre André Léo y su camarada Louise Michel encabezaron un pequeño grupo de mujeres. Querían manifestarse en apoyo de Estrasburgo, asediada desde hace un mes, y se dirigieron al Hôtel de Ville para pedir armas. Fueron detenidas, aunque las liberaron pronto.

Tras la capitulación de París, los delegados

de la Guardia Nacional, de los comités de vigilancia y de los clubes se citaron el 22 de enero en la plaza del Hôtel de Ville para oponerse a la rendición. André Léo estaba allí con Sophie Poirier, Béatrix Excoffon y Louise Michel. Desde las ventanas del ayuntamiento dispararon contra los manifestantes, que pronto fueron dispersados. Hubo detenciones.

André Léo denunció con amargura en sus artículos las verdaderas causas de este fracaso. París estaba sola en su lucha contra el gobierno, porque toda Francia estaba contra París. Las elecciones del 8 de febrero, última esperanza de los republicanos progresistas, fueron un nuevo fracaso, ya que los conservadores obtuvieron una amplia victoria.

La necesidad de una unión de ideas entre París y la provincia se mostraba fundamental para la salvación de la verdadera República. Al servicio de esa lógica se puso la revista *La République des Travailleurs*.

La République des Travailleurs

André Léo fundó este periódico con sus amigos Benoît Malon, Elie Reclus y Eliseo Reclus. Órgano de las secciones de Batignolles y Ternes de la AIT, fue fundado el 10 de enero de 1871 como semanario para convertirse en diario desde el 3 de febrero. Sus lemas eran “no más derechos sin deberes”, “no más deberes sin derechos” y “autoemancipación de los trabajadores”. Su objetivo era “el cumplimiento de las promesas de la Revolución francesa, la institución de un orden nuevo, fundado sobre la justicia, en lugar del viejo orden, fundado sobre el privilegio” (78).

Tuvo corto destino, seis números, pero André Léo escribió un número considerable de artículos. Se trataba de luchar no sólo contra Prusia, sino también y sobre todo de organizar una propaganda eficaz contra el gobierno que, en lugar de defender y salvar a Francia, la conducía a su perdición. La tarea era grande y difícil, porque en las provincias sólo se oía la voz del gobierno, a través de la prensa conservadora.

Tenían un doble objetivo: hacer conocer a los franceses los acontecimientos de la actualidad política de modo sencillo pero riguroso, con el fin de despertar las conciencias y de hacer de la política *la ciencia de todos*, pero también había que *agruparse bajo la misma bandera* para tener la fuerza necesaria para derribar al gobierno. La redacción del periódico incitaba por tanto a la *unidad para la salvación* (79).

En las páginas de este periódico André Léo abordó con pasión las relaciones entre religión y poder político. Atacó violentamente el “fetichismo político” (80), consecuencia del “fetichismo religioso”, no menos criticable.

André Léo decía que la opinión pública consideraba que su jefe político era inamovible, exactamente igual que si fuese una autoridad religiosa. Atacó abiertamente al general del ejército Trochu, presidente del gobierno de la Defensa nacional y gobernador de París. Por el contrario, exaltó repetidas veces al pueblo de París, a esos ciudadanos que morían heroicamente cada día a causa de su miseria o defendiendo el país.

Lanzó todo tipo de invectivas contra la decisión del gobierno de racionar el pan, que significaba la muerte para los pobres, cuyas fuerzas estaban ya exhaustas. Atacó a los especuladores que habían sacado provecho de los sufrimientos y miserias del pueblo durante el asedio para enriquecerse y hacer subir la Bolsa: “grandes fortunas amasadas con tus miserias, con el sufrimiento de tu mujer, con la muerte de tu hijo, ¡Francia muere para que la Bolsa viva!” (81).

Incitó al pueblo a la lucha: “Corresponde al pueblo emerger, actuar, vencer, ejecutar esos prodigios de los que la rutina duda pero que el patriotismo es capaz de cumplir. ¡Adelante los hombres! ¡A las murallas los ancianos! ¡A las barricadas las mujeres!” (82).

Se indignó contra la vergüenza de la capitulación de París: “¡Después de [la capitulación de] Sedán, ahora París!... Tenemos audacia y heroísmo, los únicos me-

dios para vencer aún no ensayados. ¡Ciudadanos de París, formad vuestros batallones!” (83).

Las elecciones generales del 8 de febrero representaban una posibilidad concreta de desquite para el pueblo, pero la victoria nítida de los conservadores puso fin a las esperanzas progresistas. El último número (el número 6) de *La République des Travailleurs* había salido el 4 de febrero.

Es interesante hacer algunas reflexiones sobre el estilo de sus artículos en estos años, porque la lucha política y la propaganda planteaban un terreno de “acción verbal” muy particular. A menudo utilizó un estilo directo en sus llamamientos y denuncias, recurriendo conscientemente a imágenes, *languideceremos sobre Francia exhausta, como un niño languidece y muere sobre la teta seca del cadáver de su madre*, y a signos de exclamación, manifestando predilección por el lenguaje irónico, incisivo y evocador. El ritmo era apremiante, el estilo enérgico. Todos estos elementos hacían que sus artículos fuesen muy vivos, eficaces, capaces de llamar la atención del lector y de incitar su imaginación, aunque a veces se los encuentre hoy “un poco redundantes” y repetitivos.

VIII La Comuna

Desde el 18 de marzo de 1871, André Léo se consagró sin reservas a la causa de la Comuna. Su compromiso político se desplegó en varios frentes: fue periodista, orador y se adhirió a diferentes comités.

Los comités

Miembro del Comité de vigilancia de Montmartre desde el comienzo del asedio, durante la Comuna tomó parte activa en otros comités: el Comité de las ciudadanas del distrito 17 y el Comité del distrito 10 de la Unión de las Mujeres para la defensa de París y el cuidado de los heridos. Este último era de hecho la sección francesa femenina de la Internacional.

Estos comités dirigían talleres de trabajo, reclutaban ambulancias, prestaban asistencia a las familias indigentes de los federados, enviaban oradoras a los clubes... Algunos días antes de la rendición de la Comuna, André Léo aceptó formar parte de una comisión destinada a supervisar la enseñanza en las escuelas de chicas (84). Ahora bien, André Léo efectuó su propaganda a favor de la Comuna especialmente a través de sus artículos, relatando y comentando los acontecimientos de la actualidad política. Fundó con su amiga Anna Jaclard el diario *La Sociale* (85), pero escribió también en *La Commune* (86) y en *Le Cri du Peuple* (87).

La cuestión París - provincias

En estos periódicos retomó la vieja discusión sobre la necesidad de realizar propaganda informativa en las provincias para difundir allí la "idea social", que sólo París sostenía firmemente.

Las incomprendiones eran evidentes: "París, orgullosa de su misión histórica, siente que tiene un mandato de toda Francia, pero las provincias desconfían de esta ciudad que hace y deshace gobiernos... y mantiene en el corazón del país un foco permanente de desorden y subversión. El resultado de las elecciones materializa ese desacuerdo: París elige a republicanos avanzados, las provincias a una mayoría conservadora" (88).

Además, la circulación de ideas nuevas en las provincias estaba obstruida por un "complot monárquico" manejado por los versalleses de Thiers, que organizaban eficazmente una feroz campaña contra la Comuna. André Léo alentó la organización de la Unión Republicana, para dar a conocer la verdad en las provincias: "que dos veces a la semana se lleve y publique en las provincias un informe sucinto e imparcial de los hechos... No se trata de sostener ni de combatir la Comuna. Se trata de la verdad" (89).

Pese a todo, André Léo seguía siendo optimista y creía que los esfuerzos en esa

dirección no serían vanos, porque *aunque las provincias odien y maldigan a París*, por otra parte también estaban *avergonzadas* del comportamiento de la Asamblea Nacional (90).

Tuvo gran alcance político su célebre llamamiento a la conciencia de los campesinos, *Au travailleurs des campagnes*, del que se distribuyeron más de cien mil ejemplares en provincias. André Léo quiso poner en evidencia la semejanza entre la condición obrera en las ciudades y la condición campesina, ambas explotadas, ambas teniendo que luchar por la misma causa: "Hermano, te engañan. Nuestros intereses son los mismos. Lo que pido, tú lo quieres también; la emancipación que reclamo es la tuya también" (91).

Más adelante advertía a los campesinos: "si París cae, el yugo de la miseria ceñirá vuestro cuello y lo heredarán vuestros hijos. Por tanto, ayudad a que París triunfe" (92).

El llamamiento acababa con un lema significativo por la semejanza que trazaba entre campesinos y obreros: "la tierra al campesino, la herramienta al obrero, el trabajo para todos" (93).

Simultáneamente, André Léo se dirigía a los parisinos con la acusación de haber descuidado demasiado tiempo a la población rural y de no haber intentado instruirlos. "El pueblo de París ha seguido creyendo que podía actuar sin las provincias y ahora, en esta lucha desigual, parece estar a punto de perecer aplastado bajo la robusta rodilla de" su hermano perdido" (94).

La historia demuestra que esa armonía estaba lejos de ser realizada. André Léo volverá a proponer, repetidas veces, este proyecto político, que consideraba de capital importancia.

La necesidad de la lucha armada

La Comuna, al negar legitimidad a la Asamblea Legislativa elegida por los franceses, se convertía en adversario del gobierno y se abocaba a la revolución (95). Sin embargo, el gobierno de Versalles no aceptaba la Comuna, por lo que la lucha se

hacía ineludible. Hubo intentos de conciliación, pero André Léo se opuso a un acuerdo que forzosamente habría sido efímero: “Cualquier conciliación sería una traición a la causa republicana... la lucha emprendida debe continuar... Se ha declarado la guerra... ¡No nos hagamos ilusiones!” (96).

Algunos generales populares, como Bergeret, Eudes, Duval y Flourens, también pedían una incursión masiva sobre Versalles (97), pero la Comuna prefirió organizar la defensa de la ciudad por no estar la Guardia Nacional federada preparada para atacar.

¿De dónde venían los soldados federados? ¿Qué formación tenían? En las páginas de *La Sociale* André Léo exaltó el heroísmo de los soldados de la idea, procedentes del pueblo en la mayor parte de los casos, personas que hasta la víspera habían sido sastres, zapateros, carpinteros, moldeadores y que se consagraban a su fe hasta la muerte: “¡Queridos y nobles héroes, soldados de la idea, pobres artesanos sublimes, cuanto más anónimos sois más llora el ojo deslumbrado al contemplaros!” (98).

Las mujeres en la lucha

André Léo clamó contra los periódicos que ironizaban sobre la participación de las mujeres en el combate y defendió su adhesión activa a la Comuna. Durante el asedio de París, como todavía había muchos hombres que podían combatir, aconsejaba a las mujeres esperar el momento de la lucha suprema. Llegado ese momento, París necesitaba todas sus energías e incitó a las mujeres a intervenir directamente en el combate: “¡participad en la lucha con vuestra acción, tanto como lo hacéis con vuestro corazón!” (99).

Junto a sus compañeras del Comité del distrito 17 se dirigió a todas las que estuviesen animadas por el amor a la justicia, invitándolas a ponerse a disposición de la Comuna para integrar las ambulancias que seguían a los batallones, para cuidar a los heridos o para sustituirles en el

campo de batalla. Los guardias nacionales apreciaron su presencia y devoción, pero ellas toparon no obstante con la incompreensión de médicos y oficiales, que las trataban con desprecio y a veces las insultaban (100).

Negar a la mujer su deseo de contribuir a la transformación de la sociedad era desconocer sus derechos y querer alejarla de la Revolución. André Léo denunció una vez más a los “falsos demócratas” que, luchando por la idea social, se comportaban como reaccionarios. Atacó en particular al general Dombrowski, recordándole que sin la participación de las mujeres el 18 de marzo no se habría proclamado la Comuna y que él jamás habría sido general de ésta. Y en el mismo artículo añadía: “¿Creen que pueden hacer la Revolución sin la mujer?... ¿Cuándo la inteligencia de los republicanos se elevará hasta comprender sus propios principios y servir al interés de éstos?” (101).

Contra todo autoritarismo

El principio federativo es el único sistema verdaderamente democrático. Tal era la convicción de la Comuna, compartida por André Léo. Se discutía este tema a causa de una decisión del gobierno central, que sólo permitía a los municipios pequeños la elección de su alcalde, mientras que éste sería elegido por el gobierno para los municipios con más de 6000 habitantes. El objetivo de esta medida era demasiado evidente: controlar y dirigir los movimientos en las ciudades tanto como en las provincias. En *La Sociale*, André Léo sostuvo las decisiones de la Comuna a favor de la autonomía de los municipios para autogobernarse y lanzó un nuevo lema: *ni dominar, ni ser dominado* (102).

Enemiga de todo autoritarismo, André Léo defendió la idea de justicia y democracia contra ciertos actos deplorables de la propia Comuna. Cuando ésta decidió suprimir los periódicos de la oposición, André Léo se disoció del comité de redacción de *La Sociale* y reclamó el

respeto incondicional de los principios de la democracia: “Si actuamos como nuestros adversarios, ¿cómo podrá la gente escoger entre ellos y nosotros?” (103).

André Léo discrepó de nuevo de la Comuna, especialmente del Comité central y del Comité de salvación pública, cuando éstos acusaron de traición e hicieron detener al delegado para la guerra Rossel. André Léo apreciaba al ciudadano Rossel desde que él se había interesado personalmente por la posibilidad de utilizar voluntarias en el campo de batalla.

Rossel había denunciado la anarquía y la incompetencia de dichos comités, *en los que todo el mundo delibera y donde nadie obedece* (104). André Léo tomó su pluma para defenderle sin ambages, como era su costumbre, y denunció los maquiavelismos de la Comuna, que ofendían a la justicia y a la verdad: “La carta del ciudadano Rossel es el grito de desesperación de una conciencia. ¿Por qué estas reticencias?... ¿Por qué estas puertas cerradas?... La verdadera democracia no teme a la verdad, pues está hecha de ella y procede de ella, y sólo muere si se le quita la luz” (105).

Lanzó una feroz requisitoria contra los “infames”, culpables de vulgares ambiciones y de traicionar la idea democrática. Salvo algunas raras excepciones, los hombres del Comité central habían fomentado el desorden y la división en las filas de la Guardia Nacional y habían administrado la Comuna de modo autoritario (106). André Léo solicitó la formación de un comité para la realización de una investigación seria sobre cada uno de los hombres “sospechosos y funestos” del Comité Central.

André Léo siempre lamentó estos graves errores de la Comuna: “He deplorado más que nadie y he maldecido la ceguera de esos hombres -me refiero a la mayoría de ellos- cuya estúpida incapacidad llevó a la pérdida de la causa más bella. ¡Qué sufrimiento verla perecer día al día!” (107).

La capitulación

André Léo denunció los crímenes y

violencias de los versalleses en *Les défenseurs de l'ordre* (108). Desde su entrada en la capital obligaron a sus defensores, particularmente a “les pétroleuses”, a incendiar las casas contiguas a las barricadas más importantes, porque los versalleses avanzaban por el interior de los edificios, devastando las casas. Conmemoró la muerte heroica y exaltante de los soldados federados y evocó las torturas y la matanza abominable de los presos.

Perseguida por la policía, Léodile se refugió en casa de una amiga, donde se escondió probablemente hasta el 18 de julio, cuando recibió documentación falsa que le permitió expatriarse a Suiza.

IX El exilio

André Léo se dirigió primero a Basilea, dónde Malon la esperaba, luego permaneció en Neuchâtel. A partir de agosto habitó en Ginebra, donde frecuentaba a la familia de Charles Perron, que había acogido fraternalmente a Malon.

El primer año de su estancia en Suiza se caracterizó por su participación en una serie de conferencias públicas en defensa de la Comuna. Señalemos, en particular, su intervención en el quinto Congreso de la Liga de la paz y de la libertad (109), el 27 de septiembre de 1871 en Lausana.

La guerra social

Su discurso *La guerra social* fue un alegato en favor de la Comuna y un acta de acusación contra los crímenes versalleses (110). Atacó a los que, desde hacía cuatro meses, calumniaban a los vencidos, acusándoles de crímenes que ellos mismos habían cometido: “han llamado asesinos a los asesinados, ladrones a los robados, verdugos a las víctimas” (111). Sí, ella había sido la primera en condenar los errores de la Comuna, pero los actos de los versalleses fueron tan infames que esos errores se hicieron honorables en comparación.

Denunció la existencia en Francia, desde el 4 de septiembre, de un “complot monár-

quico" organizado por los supuestos republicanos del gobierno nacional. Su objetivo principal no era la guerra contra Prusia, como querían hacer creer, sino una lucha latente y solapada contra la democracia popular. Así, se esforzaron en excitar a Francia contra París. Persuadieron a los campesinos de que los republicanos habían forzado al Imperio a ir a la guerra y de que los parisinos *no sólo se negaban a luchar contra los prusianos sino que también impedirían a Trochu efectuar incursiones, ante la necesidad de contener los motines* (112).

Con sus acusaciones calumniosas, *difundidas a toda plana en los periódicos* (113), aislaron París. Y finalmente este complot triunfó, concretándose en la masacre de la población de París, ciudad que se convirtió en un *inmenso matadero humano* (114).

Para André Léo, se trataba de intentar soluciones eficaces para evitar que se repitiesen guerras sociales de este género. Dirigiéndose directamente al público de la asamblea, planteó la cuestión de la división de los demócratas. *¿Por qué actúan los demócratas de otro modo?* (115).

El gran asunto que separaba a los demócratas liberales de los socialistas era la cuestión del capital, pero la realidad demostraba que la mayor parte de la burguesía, toda la burguesía media y pobre, sufría tanto como el pueblo a causa del régimen del capital. André Léo propuso entonces que la media y pequeña burguesía dejaran de oponerse a la emancipación de los trabajadores y se unieran a los socialistas en una lucha común. Deberían renunciar a verlos con hostilidad y, por el contrario, deberían reconocer su igualdad social.

Para André Léo la igualdad era, en efecto, una condición indispensable de la libertad y no se podía defender ésta, como sostenía la Liga, renegando de la igualdad: "no puede haber igualdad sin libertad, ni libertad sin igualdad" (116).

Sólo la unión de los demócratas sinceros habría permitido crear un frente fuerte y compacto capaz de garantizar la paz y la libertad, esa libertad que la Liga decía

defender. Sólo por medio de la unidad se podría evitar de ahí en adelante nuevas "guerras sociales" fratricidas, de las que la Comuna había sido el ejemplo más reciente y dramático.

Este discurso sincero e intrépido abría nuevos horizontes políticos, de evidente actualidad, pero levantó la indignación de la asamblea burguesa de la Liga de la paz y de la libertad, que rechazó a André Léo e impidió que acabara su discurso. En las últimas líneas de éste, André Léo manifestó su gran disgusto: "La burguesía tiene la pluma, la palabra, la influencia. Podría convertirse en el órgano de las reivindicaciones del pueblo degollado, oprimido, vencido. De hacerlo, sólo hubiese sido el órgano de la justicia. He venido a este Congreso con una esperanza, pero me voy profundamente triste... Los burgueses viven de los compromisos, pero podrían morir también por ellos" (117).

Desacuerdos en la Internacional

Desde su llegada a Suiza André Léo se interesó por el conflicto surgido en la Internacional con ocasión del congreso de la Suiza francófona realizado en Chaux-de-Fonds entre las secciones marxistas y las secciones anarquistas de la Alianza de la democracia socialista, que se agrupaban en torno a Bakunin.

Este último movimiento reclamaba libertad de acción y autonomía de las diferentes secciones para tomar decisiones, sin por ello dejar de reconocer la necesidad de actuar dentro del movimiento obrero. Los anarquistas cuestionaban todo principio autoritario que viniera de arriba y, en consecuencia, negaban a priori toda organización política uniforme y centralizadora. La Alianza había cuestionado repetidas veces la línea de los marxistas, que creían al contrario que para transformar la sociedad y realizar el socialismo no bastaba con una unión formal e ideal, sino que había que organizar la lucha de clases proponiendo estrategias y un programa político comunes, aunque teniendo en cuenta

las situaciones estrictamente nacionales. Los marxistas creían en la necesidad de unidad de la clase obrera y consideraban fundamental la existencia de una conciencia de clase para proseguir la lucha política y apuntar hacia la conquista del poder y la abolición de las clases.

Para los miembros de la Alianza esta posición era conservadora y autoritaria porque impedía la convivencia, dentro de la Internacional, de movimientos diferentes y porque se oponía a la idea federalista de la organización política. Así expresaron su posición: “Querer imponer al proletariado una línea de conducta o un programa político uniforme como vía única hacia su emancipación social es una pretensión tan absurda como reaccionaria” (118).

André Léo se colocó con pasión e *ímpetu femenino* (119) del lado de aquellos a los que consideraba víctimas de la injusticia y de la arrogancia, asumiendo sin reservas la defensa de la Alianza de Bakunin (119).

Como redactora de *La Révolution Sociale* (120), a ella se debe la transformación de ese periódico en un órgano de reivindicación de la autonomía de las secciones dentro de la Internacional, en el que se podían leer numerosos y violentos ataques contra el autoritarismo de Marx y del Consejo general de la AIT.

En la conferencia de Londres (17-23 de septiembre de 1871) el Consejo general de la AIT había votado las 17 célebres resoluciones que decretaban la disolución definitiva de la Alianza y de otras asociaciones socialistas, entre ellas la *Sección de propaganda y acción revolucionaria-socialista* (121), de la que André Léo formaba parte. Adversaria de las organizaciones jerárquicas, André Léo defendió el principio federativo y la cooperación. Contra el autoritarismo de Marx y de su “Templo único”, pidió respeto de la dignidad humana y de los derechos individuales: “El principio autoritario será vencido... El medio para alcanzar ese resultado, mientras esperamos el advenimiento de una educación integral y para todos, es que todo lo que

concierna a la obra común sea sometido a la opinión de cada miembro de la asociación; es practicar aquello que se profesa, respetando la dignidad humana y los derechos individuales; es admitir para cada grupo y para cada individuo la libertad de acción que le corresponde; es, en definitiva, romper para siempre con la vieja organización social, con todas estas construcciones jerárquicas que escalonan los poderes y hacen que llegue desde arriba la voz y el mandato impuesto que mueve a una muchedumbre obediente...” (122).

La unidad real no era la uniformidad, precisaba André Léo, sino más bien la convivencia de entidades diferentes, libres de actuar bajo la misma bandera: “La nueva unidad no es la uniformidad, sino todo lo contrario: es la expansión de todas las iniciativas, de todas las libertades, de todas las concepciones, conectadas solamente por una naturaleza común; (...) *Es... la libertad de todos en la igualdad*” (123).

Atacó directamente a Marx, definiéndolo como *el genio malvado, el Bismarck de la Asociación Internacional*: “El pangermanismo ronda por ahí y afecta como una enfermedad a los cerebros alemanes, hasta el punto de seguir presente cuando hacen socialismo. Mientras Bismarck lograba hacer perder la cabeza a todo el mundo, desde el Rín al Oder, al mismo tiempo que Guillermo I se convertía en emperador, Karl Marx se consagraba como pontífice de la Asociación Internacional” (124).

Duras palabras que le valieron incluso la contestación de sus amigos de la federación del Jura, que las definieron como “lamentables exageraciones del lenguaje”, y sobre todo la de Marx, que el 23 de noviembre de 1871 comentó: “Bakunin se ha vinculado al sector canalla del exilio francés en Ginebra y Londres. La consigna es que en el Consejo general reina el 'pangermanismo', el 'bismarkismo'...” (125).

Pero más adelante otras y más significativas divergencias alejarían a André Léo del anarquista Bakunin. Sus opiniones diferían particularmente sobre el papel del

campesinado en la transformación de la sociedad y sobre la concepción del Estado. Bakunin había atribuido al proletariado rural el papel de guía revolucionario, sobre todo en las regiones más atrasadas y subdesarrolladas. Los campesinos serían los propulsores de la disgregación del mundo burgués y, al sublevarse, crearían la igualdad económica y social, la libertad, la humanidad, la solidaridad y, en definitiva, la anarquía.

Es conocida la importancia que André Léo daba a los trabajadores rurales para el éxito de la causa del socialismo, pero, muy consciente de sus límites, estaba lejos de creer en un “impulso revolucionario” por su parte. Para ganarlos poco a poco al socialismo contemplaba, por el contrario, una minuciosa campaña de propaganda en el campo, así como la extensión de la educación a toda la población.

Contrariamente a los anarquistas, André Léo pensaba que la máquina del Estado no podía ser abolida. Deseaba evidentemente la descentralización del poder político y el reconocimiento del derecho de los municipios a autogobernarse. Pero consideraba el problema de la administración con realismo y propuso la eliminación de los representantes inútiles. No habría Presidente, el Senado sería suprimido, pero el Congreso seguiría existiendo, aunque disminuyendo el número de diputados de 500 a 86, ya que consideraba que uno por departamento era suficiente. No habría ministros, pero sí oficinas ministeriales para recibir observaciones y proyectos y para poder colaborar con los delegados departamentales (126).

Estas concepciones evidencian una visión política mucho más realista que las aspiraciones vagas del anarquista Bakunin, que no tenía en cuenta la relación entre instrumentos, táctica y objetivos, y que, por tanto, era esencialmente idealista.

La recuperación de su actividad como escritora

Durante los primeros años del exilio André

Léo se había consagrado sobre todo a su actividad de oradora y periodista. Privilegió, como se ha podido constatar, la actualidad política, pero escribió también dos artículos sobre la educación, publicados en 1872 y 1873 en el *Almanach du peuple*, revista que había tomado el relevo de *La Révolution Social*.

En *L'éducation et la bible* André Léo retomó el tema de la educación profesional, que ya había abordado repetidas veces algunos años antes. Opuso, con humor, la enseñanza basada en la observación de la naturaleza y el estudio de las ciencias a la enseñanza que hace depender todo de lo fantástico, de los episodios bíblicos y religiosos. Si la primera da al niño la posibilidad de pensar y juzgar, la otra presupone la fe y obliga a creer sin comprender (127). Al año siguiente volverá a hablar de educación en *L'éducation démocratique* (128).

A partir de 1876 recuperó una intensa carrera de novelista. Así se ganaba la vida. Publicó en 1874 un cuento, *La commune de Malempis* (París, Librairie de la Bibliothèque démocratique); le siguieron en 1876 *La grande illusion des petits bourgeois*, en 1877 *Marianne*, en 1879 *Grazia* y en 1880 *L'épouse du bandit*, publicándose las cuatro como novelas por entregas en *Le Siècle*. En *La grande illusion des petits bourgeois* André Léo quiso enfatizar los “valores negativos” de la gran ciudad. Esta bella novela trata de las esperanzas y sueños de un joven provinciano que, atraído por la ilusión de una vida rica y fácil, llega a París soñando con hacer fortuna. Quiere tener éxito por sus propios medios, por su voluntad y sus méritos, pero se topa con un mundo de hipocresías y engaños, sin lugar para los trabajadores honrados.

Marianne, una de las mejores novelas de André Léo, tiene como argumentos la condición de la mujer y la omnipotencia del dinero. En ella se denuncian los prejuicios y las malas costumbres de una familia burguesa en la provincia de Poitou. André Léo aprovecha ese enfoque para

censurar a los habitantes de Poitiers, cuyas costumbres conoce bien, pues recordemos que había nacido en Lusignan y había pasado su infancia en Champagné-Saint-Hilaire. Monárquicos y clericales, no estaban interesados ni en la política ni en las ciencias, y, como conservadores, odiaban las “ideas nuevas”. Nunca se preguntaban “lo que piensan, sino sólo lo debían pensar”. Hasta ese punto estaban influidos por la opinión pública.

Compañera de Malon

Durante su exilio André Léo vivió con Malon en diferentes lugares, primero en Ginebra, luego, en 1872, en Como y desde 1873 en Milán y Lugano, en la toscana ciudad de Viareggio y en Palermo, donde su hijo André asistió a la Escuela de agricultura. En Milán, para eludir a la policía, vivían bajo el apellido de Léodile, Béra.

Según Guillaume, que hizo una precisa crónica de los acontecimientos que concierne a los protagonistas de la Internacional, se casaron en 1872. Vivieron una “unión libre” que duró seis años, hasta 1878. Dalotel, por el contrario, data su unión en 1874 y habla de un “falso matrimonio” celebrado “civilmente” y por tanto no oficial (129).

Al principio ocultaron su unión, quizá a causa de su diferencia de edad, ya que Léodile era 17 años mayor. ¿Pudo ser esa la causa, directa o indirecta, de su separación? Resulta difícil imaginar que André Léo, tan orgullosa y determinada, fuese sensible a este género de problemática. ¿No había sostenido en su primera novela, *Une vieille fille*, que las diferencias de edad no eran relevantes ante un amor verdadero?

Guillaume nos cuenta que André Léo sufría mucho por las frecuentes escapadas de su marido y que era muy celosa. Bakunin, que encontraba a André Léo demasiado “marisabidilla”, *se regocijaba y lloraba de risa cuando Malon se dejaba atrapar* (130).

La comunión de ideas les llevó no obstante a trabajar juntos. A finales de 1877 fun-

daron *Le Socialisme progressif*, que sólo duró un año por falta de suscriptores. Pero en 1878 la rotura parecía inminente. En marzo escribía a su amiga Mathilde Roederer: *Mi unión con Benoît Malon va a romperse, o más bien ya está rota “en derecho”* [tachado de la propia escritora] *desde hace tiempo, pero estamos en vísperas de una separación de hecho. Le inquietaba el escándalo que esto causaría, pero sin embargo consideraba indispensable romper con Malon, porque no hay que demorar el uso del medio adecuado para superar un error. Me he equivocado otras veces, y nunca lo he negado, pero estoy segura de tener razón esta vez* (131). Se separaron ese mismo año.

La femme en Italie

Sus frecuentes estancias en Italia durante el exilio dieron a André Léo la ocasión de conocer de cerca a las representantes más activas del movimiento feminista italiano y comparar el código francés y el código italiano respecto a las mujeres. En su artículo *La femme en Italie*, aparecido en 1880, constata que en cuanto al matrimonio, por ejemplo, el código italiano era, al igual que el francés, injusto, aunque en el código italiano hubiese más *cortesía e igualdad*: “Así, la mujer separada tiene libre disposición de sus bienes...”

Además, la esposa administra sus bienes parafernales, es decir aquellos que posee o llegue a poseer y que no estén incluidos en la dote estipulada en el contrato, y es el marido quien necesita su autorización para administrarlos en su lugar” (132).

Elogió a Salvatore Morelli, *campeón italiano de los derechos de las mujeres*, que consideraba que la instrucción para las mujeres, pública, laica y gratuita, era la condición necesaria para poder aspirar a una mejor sociedad. En una carta a André Léo, Morelli escribía: “no resolveremos ningún problema social mientras la mujer no adquiera la ciencia de la vida, con poderes pedagógicos, para fundar en la familia la doctrina civil” (133). Exactamente

lo mismo que André Léo había sostenido en *La femme et les mœurs*.

En ese mismo artículo André Léo recordaba también que Mazzini pedía a los hombres que respetasen a las mujeres y las considerasen sus compañeras en las alegrías o en los pesares, pero también en sus aspiraciones e intentos de mejora social.

X Los últimos años

Tras la amnistía de 1880 André Léo pudo volver a Francia, donde “vivió olvidada y desgraciada, sobre todo después de la muerte de Benoît Malon” (134).

Colaboró en algunos pequeños periódicos de la extrema izquierda y fue redactora de *l'Aurore* (135).

Obra literaria

Continuó escribiendo novelas: *L'enfant des Rudères* (1881), *Les enfants de France* (1890), *La justice des choses* (1891), *Le petit moi* (1892), *En chemin de fer. Aux habitants des campagnes* (1898), *La famille Audroit et l'éducation nouvelle* (1899), *Coupons le câble* (1899). Su ritmo productivo es significativo y da testimonio de su tenacidad y su coraje. Ciertamente necesitaba trabajar, pero sorprende constatar que después de tantas experiencias políticas y familiares decepcionantes hubiera podido conservar su integridad y su voluntad intactas, con la misma firmeza y la misma fuerza para perseguir los mismos objetivos.

En *L'Enfant des Rudère* destaca la misma defensa incondicional de los campesinos que había hecho treinta años antes. “Esa raza fuerte y sencilla, ingenua y astuta, buena por naturaleza (al menos en general), dura por situación, codiciosa pero pobre, trabajadora y, sobre todo, íntegra” (136). Encontramos en esta novela consideraciones sobre la educación activa, basada en la observación directa de los hechos, así como una denuncia de los vicios de la burguesía y del poder del dinero. Es el relato de las mentiras y engaños hurdados

por Rudère en detrimento de su tío para apropiarse de su herencia.

La acción transcurre en el dominio de Chavours, no lejos de Lusignan, pueblo natal de André Léo, y recuerda la leyenda del hada Melusina: “Melusina, dama de Lusignan que habría vivido aventuras maravillosas y que sigue siendo legendaria en la zona, hasta el punto de que su repostería más típica representa a Melusina con su cola de sirena y con su peine y su espejo en la mano. La repostería es excelente, pero la bella maga sale muy fea” (137).

En *La justice des choses* André Léo reflexiona sobre los efectos que los comportamientos humanos pueden suscitar sobre sí mismo y sobre otros. ¿Existe la justicia de las cosas? ¿Siempre somos castigados cuando cometemos malas acciones y siempre somos recompensados por una buena acción? ¿Por qué héroes que pelearon por una idea justa son hoy desconocidos y vencidos? Podríamos suponer que no habría oprimidos y opresores si la justicia de las cosas existiera. Pues bien, el hecho es que la justicia de las cosas está en sí mismo, los otros no pueden verla. Alcanza la felicidad toda conciencia que se conoce, se entiende, crece y aspira a la perfección, elevándose sin cesar. Estas consideraciones de orden moral se presentan de manera muy accesible, bajo la forma de experiencias vividas por un niño que interroga a su madre y discute con ella en torno a una infinidad de problemas, de los más personales a los más generales.

Un tema frecuente en los libros de André Léo de este período es la educación que la madre da a sus hijos en el seno de la familia. La familia debe comenzar y completar la obra educadora de la escuela. Como en la educación *no hay nada más profundo que las primeras impresiones recibidas* (138), hace falta que los progenitores se consagren casi totalmente a la educación de sus hijos durante los primeros años de vida, que respondan a sus preguntas y curiosidades infinitas partiendo del análisis de lo real. Llamados a con-

vertirse en hombres libres, los niños no pueden ser educados como esclavos. *Dar trato brutal a un niño es hacerlo brutal* (139). Por el contrario, hay que tratar de despertar en ellos el sentido de la responsabilidad, dando buenos ejemplos. El papel de las madres es de gran importancia en esta obra educadora, pero desgraciadamente no están preparadas para esa difícil tarea. Hace falta que ellas mismas sean instruidas, para que puedan fundar en la familia las bases del sistema civil. *La famille Audroit et l'éducation nouvelle* y *Le petit moi* definen estos principios educativos. El derecho a la instrucción había sido garantizado desde la Revolución, se trataba simplemente de hacerlo respetar.

Se estaban realizando avances en esa dirección, pero incluso tras la ley Ferry, que en 1882 proclamó la enseñanza laica y obligatoria, el problema seguía planteado: el número de analfabetos a finales de siglo era mucho más bajo que en 1850 (10% de quintos analfabetos en 1890 contra 40% en 1850), pero seguía siendo elevado, particularmente entre las mujeres (14% de mujeres casadas analfabetas frente al 8% de los maridos).

De nuevo, los campesinos

En *En chemin de fer. Aux habitants des campagnes* un socialista explica a un campesino las verdaderas causas de su miseria. Con claridad desenmascara los maquiavelismos que han estado en el origen de los sistemas políticos autoritarios y presenta un panorama histórico visto desde el lado de las gentes pobres. Observa que los gobiernos siempre han ejercido un poder arbitrario sobre las masas populares, sacando provecho de sus divisiones internas: *desde el comienzo de las sociedades un pequeño número de fuertes y hábiles han mantenido en la esclavitud a la gran mayoría de las personas* (140). Por eso es indispensable buscar la unión de todos los trabajadores, los obreros y los campesinos, para contrarrestar eficazmente a los gobiernos. Con ese objetivo, hace

falta que los trabajadores rurales se impliquen en la lucha al lado de los trabajadores de las ciudades.

Frente a las dudas de su interlocutor, defiende el derecho a la pequeña propiedad privada: *¡se impone la necesidad de propiedad para todo ser humano!* (141), mientras que ataca a los grandes terratenientes. Desea, sin embargo, una gestión asociativa de las propiedades, para sacar mayor provecho. Luego explica cual debería ser el nuevo papel del Estado con relación a los municipios, que serían autónomos y libres de organizarse entre ellos para proponer servicios mejores y más baratos a los ciudadanos. *Conocer y saber* son las dos condiciones esenciales para poder realizar la justicia y encontrar la verdad. Entonces la ignorancia habrá muerto y la humanidad estará curada de sus viejos prejuicios.

Escrito dos años antes de su muerte, a los 74 años, este libro puede considerarse su testamento espiritual.

Las religiones

André Léo retoma el tema del poder autoritario y jerárquico en *Coupons le câble*, breve tratado en el que denunció los lazos profundos que siempre han existido entre los regímenes monárquicos y las religiones. Demuestra que desde la antigüedad el poder político vivía en simbiosis con la religión: las teocracias en Egipto e India fueron el primer claro ejemplo. En cuanto a la religión católica, la entente con las monarquías y los imperios es ejemplar desde el emperador Constantino, que acogió al cristianismo como *fuerza política* (142). Desveló las complicidades entre los poderes políticos y religiosos, aliados incondicionales que siempre se sostuvieron mutuamente para poder perpetrar la sumisión de la humanidad. ¿Podremos salir de ella? André Léo pensaba que si en otro tiempo el ser humano, incapaz de comprender y dominar la naturaleza, había manifestado su necesidad de creer en entidades sobrenaturales, hoy hace falta que admita que jamás florecerá su espíritu crítico en pro-

vecho de la razón, de la libertad y del progreso si no se distancia de la Iglesia autoritaria e injusta, que quiso las guerras de religión y la Inquisición y que persiguió a los protestantes, y si no rompe sus lazos con las verdades dogmáticas y el inmovilismo religioso.

André Léo, por otro lado, elogió a los protestantes que se orientaban hacia el libre examen, que concedían libertad al espíritu humano. Luis XIV, al revocar el edicto de Nantes, quiso combatir este movimiento progresista, que creía en una religión más libre y más sencilla.

Si la religión católica ha podido asegurar su supremacía eso se debe a *su inoculación en la infancia, que es el medio más seguro para combatir la razón antes de que haya nacido* (143).

Esclavizados por el yugo de la costumbre, confiados también en una recompensa en el más allá, los hombres renunciaron espontáneamente a la lucha por su emancipación social.

Hija de los filósofos, André Léo profesó su fe en el ser humano, la razón, el progreso, teniendo por fundamento la igualdad, la justicia y la libertad: “Contra su Dios bárbaro, la Humanidad y la Justicia. Contra su Jerarquía, la Igualdad. Y como base y medida, el individuo humano” (144).

André Léo falleció el 20 de mayo de 1900 (145). Tras la incineración, sus cenizas fueron depositadas en el cementerio del Este, en París, y transportadas más tarde, el 27 de marzo de 1906, al cementerio de Auteuil, al lado de su marido Gregoire Champseix y de sus dos hijos, fallecidos antes que ella (146).

Gracias a la intervención directa de Alain Dalotel y a la contribución de varias asociaciones e individuos que hicieron grabar el texto, hoy podemos leer sobre su tumba: *Mme CHAMPSEIX Née LEODILE BERA Dite ANDRE LEO ROMANCIERE JOURNALISTE FEMINISTE COMMUNARDE 1824-1900*

En su testamento legó una pequeña renta al “primer municipio de Francia que quiera

ensayar el sistema colectivista comprando un terreno comunal para ser trabajado en común con reparto de sus frutos” (147). Este testamento completamente insólito fue una ulterior y definitiva prueba de su sentido cívico, de su integridad moral, pero también de la convicción profunda de que “su socialismo” era realmente practicable.

XI Una gran mujer a revivir

En el panorama del movimiento socialista del siglo XIX la figura de André Léo es hoy singular y completamente original.

Mucho más razonable que los bakuninistas, mal vista por los marxistas, que la consideraban anarquista, sin duda se inspiró en los “socialistas utópicos”, en particular en los ideales de igualdad, solidaridad, asociación, libertad y democracia de Pierre Le-roux. Reencontramos también en ella trazas de la filosofía de Proudhon, particularmente en cuanto a la condena del autoritarismo y de la religión, en cuanto a la orientación hacia el federalismo, en algunos aspectos de la crítica de la gran propiedad terrateniente y en cuanto a la necesidad de instrucción para el pueblo.

Pero André Léo supo abrir una vía original al socialismo. Había comprendido que en un país que iba a convertirse en una potencia industrial el único medio para contrarrestar y derribar el poder establecido era la formación de un frente unitario que reagrupase a clases sociales históricamente antagonistas, pero con intereses en común. Su clarividencia consiste en haber comprendido que el interés prioritario de los trabajadores no era estancarse en un sectorismo estéril o enfrentarse en perdedoras luchas fratricidas, sino que su superioridad se expresaría en la alianza más amplia posible. Sólo esta entente podría reducir el poder del gran capital y de la aristocracia, que perderían su supremacía, inaugurando una nueva era.

Su actualidad es evidente. Hoy en Occidente la izquierda ha roto claramente con las viejas experiencias del “socialismo

real” y corresponde instaurar, en interés de los trabajadores, una relación de dialéctica constructiva con las clases medias productivas. Hemos comprendido que la política del más duro enfrentamiento no conduce a la victoria y que solamente a través de un espíritu de colaboración se puede avanzar por el camino del progreso social, económico y político.

Esta mujer a la que Bakunin acusó de “conservadurismo burgués” se ha mostrado como una socialista con ideas valientes e innovadoras. Como escritora, difundió sus ideas con una obra literaria muy vasta. Mostró predilección por la novela, el género literario que permitía la difusión más amplia de sus ideas. Militó escribiendo simultáneamente artículos excelentes en la prensa liberal y socialista, en los periódicos con los que se identificaba o en aquellos que ella misma creaba, relatando los hechos con coraje y determinación y sin miedo a decir lo que pensaba. Escribió ensayos, en los que estudió con rigor y pasión temas candentes: la condición de la mujer, la religión. Fue oradora en los clubes, feminista, protagonista durante la exaltante experiencia de la Comuna, defensora infatigable de los principios de justicia y democracia.

No tuvo una vida privada fácil: viuda temprana, vivió una nueva pasión que, no obstante, le proporcionó nuevas decepciones al cabo de algunos años. Pero ella misma asumió su condición y mantuvo con su trabajo a sus hijos y a sí misma.

Conoció la celebridad, pero pasó los últimos años de su vida en soledad y aislamiento.

Era una mujer con una gran fuerza interior, valiente, honrada y sincera. Merece hoy, a cien años de su muerte, una rehabilitación concreta y definitiva.

NOTAS

1. E. Thomas, *Les Péroleuses*, París, Gallimard, 1963, p. 141.
2. J. Barbey D'Aureville, "Les Bas-Bleus", *Les œuvres et les hommes*, Ginebra, Slatkine Reprints, 1968, t.V. *Aclaración de la traducción*: hemos traducido como “marisabidilla” la expresión “bas bleu”, que literalmente quiere decir algo así como “medias azules” pero que se usaba como término despectivo para referirse a las mujeres ilustradas. Más información en <http://fr.wikipedia.org/wiki/Bas-bleuisme>.
3. Duriez, s.t. en *Le Siècle*, 4/9/1863. Otras evaluaciones de la obra de André Léo en J. Vallès, *Œuvres Complètes*, París, Les éditeurs français réunis; Thechel, *L'Indépendance belge*, 20/8/1864; Charles-Bernard Derosne, *Le Constitutionnel*, 28/7/1863; Emile Deschanel, *Journal des débats*, 20/1/1865; Xavier Eyma, *Le journal de Nice*, 26/1/1865. Benoît Malon la situaba entre “los más grandes escritores de nuestro tiempo” (B. Malon, *La troisième défaite du prolétariat français*, Neuchâtel, Guillaume fils éd. 1871, p.273).
4. André Léo defendió a Rossel antes las acusaciones de traición: “El ciudadano Rossel molestaba a vuestra mezquina ambición; sus conocimientos militares, su clarividencia, su sangre fría os hacían sombra, así que teníais que deshaceros de él y habéis usado el medio más odioso, acusarlo de traición... No lo habéis comprendido porque no sois revolucionarios, sino sólo vulgares ambiciosos”. Les Rédacteurs de la Sociale, “Les infames”, *La Sociale*, 16/5/1871.
5. Pierre Larousse, *Dictionnaire Universel du XIXe siècle*, París, Administration du Grand dictionnaire Universel, 1867; O. Lorenz, *Catalogue général de la librairie française*, París, O. Lorenz éd., 1867-1888; J. Maitron, *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français*, París, les éditions ouvrières, 1964; B. NOEL, *Dictionnaire de la Commune*, París, Flammarion, 1978; J. Chagnolleau, G. Dez, R. Crozet, J. Lavaud, *Visages du Poitou*, collection “Les Horizons de France”, Estrasburgo, 1965.
6. Respecto a esta información y para otra más detallada sobre la vida de Joseph Charles Béra y de la familia Béra, remito a dos biografías de André Léo: C. Latta, “Léodile Champseix dite André Léo”, *Histoire et Sociétés* n° 68 et R. Picard, *Femmes célèbres du Poitou et des Charentes*, Amiens, Martelle ed., 1998.

6bis Nota de la traducción: los “bienes naciona-

- les" se constituyeron a partir de noviembre de 1789, con la expropiación de propiedades de la Iglesia Católica, a las que se fueron sumando posteriormente las propiedades de la Corona, de los emigrados y de aquellos a los que se consideraba contrarrevolucionarios.
7. André Léo, *Le mariage scandaleux*, París, Hachette éd., 1862, p. 1.
8. André Léo, *L'enfant des Rudère*, París, S.E. Monillot, s.d., p. 208.
9. André Léo, *Una vieille fille*, Bruselas, Alphonse Lebègue éd., 1851. Se conserva un ejemplar de esa edición en el *Gabinetto Scientifico Letterario Giovan Pietro Vieusseux* de Florencia.
10. Alphonse Lebègue trabajaba ininterrumpidamente y se ganó pronto una muy buena reputación como impresor-editor; en su catálogo figuraban los nombres de Dickens, George Sand, Théophile Gautier, Lamartine, Eugène Sue, Victor Hugo y muy especialmente Alexander Dumas padre.
11. Una convención francobelga prohibió esa práctica el 22 de agosto de 1852, aunque no entró en vigor hasta dos años más tarde.
12. Pierre Leroux (1797-1871) fue uno de los principales representantes del socialismo "utópico". Discípulo de Saint Simon, consideraba la igualdad, la asociación, la solidaridad, la libertad y la democracia como los fundamentos de su doctrina. Trató también de orientar a los escritores hacia una literatura popular, capaz de traducir bajo forma artística las instancias sociales del pueblo. Influyó directamente sobre V. Hugo y G. Sand. G. Sand, en particular, hizo de sus novelas una interpretación apasionada de las concepciones filosóficas de Leroux.
13. No lejos de Lausana (11 Km.), la iglesia de Assens sirvió simultáneamente, hasta 1845, para cultos católicos y luteranos, porque la parroquia, compuesta por cuatro pueblos, era de culto mixto. Había una iglesia católica en Lausana desde 1835, pero a mediados del siglo XIX las tensiones religiosas estaban muy vivas: en 1849 algunos sacerdotes fueron suspendidos o expulsados del país.
14. El acta oficial se conserva en el Registro de matrimonios de la parroquia católica de Assens (años 1821-1887), número 98. Se hace allí mención explícita a los permisos obtenidos. En lo que toca a la autorización de este matrimonio cf. Registro Estado Civil, matrimonios del 18/11/1850 a 1/12/1853, municipio de Lausana, vol. 9 (318.36), p. 153.
15. André Léo, *Marianne*, París, Bureaux du Siècle, 1877, p. 335.
16. Registro de nacimientos de la Parroquia de Lausana. Del 7/6/1851 al 9/8/1854, vol. 14 (318.19), p. 306. No hay ningún rastro de bautismo católico en los registros de las parroquias de Assens y de Notre-Dame de Lausanne.
17. Registro de los Censos municipales, archivos municipales de Lausana, 314.29 a 315.2. En los permisos de domicilio del municipio de Lausana los Champseix anuncian su salida para Ginebra hacia primavera de 1860.
18. Hay una indicación precisa sobre este tema al final de la novela, en la edición de Librairie Internationale Lacroix, Verboeckhoven et Cie (1866).
19. André Léo, *Les deux filles de M. Plichon*, París, A. Faure, 1865, p. 230.
20. Los datos biográficos de este periodo están sacados de P. Larousse, *Dictionnaire Universel du XIXe siècle*, op.cit., p. 905.
21. C.B. Derosne, "Eloge à André Léo", *Le Constitutionnel*, 28/7/1863, reproducido al final de *Une vieille fille*, París, librairie A.Faure, 1864, p. 211.
22. André Léo, *Un divorce*, París, Librairie Internationale, 1866, p. 475.
23. Según la información aportada por el señor Gagnaire, de Champagné Saint-Hilaire.
24. Pierre Larousse, *Dictionnaire Universel du XIXe siècle*, op.cit., p.905.
25. Id.
26. André Léo, *Les deux filles de Monsieur Plichon*, op.cit., p. 345.
27. Antoine Prost, *L'enseignement en France 1800-1967*, París, Colin, 1968, p.178.
28. Id.
29. André Léo, *Jacques Galéron*, París, A. Faure librairie-éditeur, 1865, p. 152.
30. Id.
31. Victor Duruy fue ministro de Instrucción Pública entre 1863 y 1869.
32. André Léo, *Observations d'une mère de famille à Monsieur Duruy*, París, A. Faure éd., 1865, p. 44..
33. La nueva pedagogía de Paul Lapie, Gréard y Buisson privilegiaba desde el II Imperio la observación y la práctica y se oponía al ejercicio de la memoria y del estudio abstracto. Ese método fue defendido y propagado por una minoría de partidarios, que fueron a menudo expulsados de la escuela pública y perseguidos (A. Prost, *L'enseignement en France*, op.cit., p. 279).

34. Antoine Prost, *Ibid.*, p. 115.
35. André Léo, *Aline-Ali*, París, Librairie Internationale, A. Lacroix Verboeck-hoven& C. ed., p. 368.
36. André Léo, *Aline-Ali*, *Ibid.*, p. 264.
37. André Léo, *Attendre- Espérer. Les désirs de Marinette*, París, L.Hachette, 1868, p.11-12.
38. *Ibid.*
39. Podemos leer una selección de sus artículos más significativos en un dossier preparado por la Asociación André Léo: *André Léo, une journaliste de la Commune*, 16140 Aigre, éd. du Lérot rêveur, n° 44, 1987.
40. París, 9/9/1866-14/6/1868. Revista del progreso social, impresa en Bruselas; aparecía cada dos domingos.
41. André Léo, "Lettre au Rédacteur", *La Coopération*, 10/2/1867, n° 12.
42. André Léo, "Les Associations à Nantes", *La Coopération*, 5/5/1867, n° 18.
43. *Id.*
44. André Léo, "Les fêtes coopératives", *La Coopération*, 24/3/1867, n° 15.
45. André Léo, "Lettre au Rédacteur", loc. cit.
46. *Id.*
47. *Id.* y André Léo, "L'économiste et la ménagère", *La Coopération*, 25/8/1867, n° 26.
48. André Léo, *La grande illusion des petits bourgeois*, París, Bureaux du Siècle, 1876, p. 253.
49. Semanario fundado en Ginebra en diciembre de 1868. *L'Egalité* era el órgano de la Fédération de las secciones suizo-francófonas de la Internacional. Bakunin, Perron, J.Guillaume y Schwitzguébel fueron los principales redactores hasta el 3 de enero de 1870.
50. *L'Egalité*, 27/2/1869, n° 6.
51. André Léo, *L'Egalité*, 13/3/1869, n° 8.
52. *Id.*
53. *Id.*
54. *Id.*
55. *Id.*
56. *Id.*
57. "Todo compromiso, toda concesión pospondría la completa emancipación del trabajo" [C. Perron, "Critique à André Léo", *L'Egalité*, 13/3/1869].
58. M. Bakunin, "Critique à André Léo", *L'Egalité*, 27/3/1869
59. B. Malon (1841-1893), figura eminente del socialismo del siglo XIX. Ver más adelante: El encuentro con B. Malon.
60. A. Dalotel, "Benoît Malon, troisième fils d'André Léo?", *Du Forez à La revue Socialiste: Benoît Malon (1841-1893)*, Publications de l'Université de Saint-Etienne.
61. P. Lacombe, J. Toussaint, E. Reclus, A. Leo, "A todos los demócratas", circular redactada para *L'Agriculteur*, periódico del domingo, París, impr. de J. Voisvenel, 14, rue Chauchat, 1870, p. 1.
62. A. Dalotel, *Benoît Malon, troisième fils d'André Léo?*, op. cit., p.73.
63. *Ibid.*, p.74.
64. *Ibid.*, p. 81.
65. Para la biografía de B. Malon y sus relaciones con André Léo remito también a C. Latta, *Léodile Champseix dite André Léo*, loc. cit.
66. Citado según A. Dalotel, A. Faure, J.C. Freiermuth, *Aux origines de la Commune. Le mouvement des réunions publiques à Paris 1860-1870*, París, Maspéro, 1980, p. 170.
67. La influencia de Proudhon sobre los obreros franceses era grande. La sección francesa de la AIT, organizada por los proudhonianos Tolain, Fribourg y C. Limousin se había expresado contra la participación de las mujeres en la producción y, por tanto, en el trabajo.
68. E. Thomas, *Les pétroleuses*, op.cit., pp. 40-41.
69. Citado según Alessandra Anteghini, *Parità Pace Libertà, Maria Goegg e André Léo nell' Associazionismo Femminile del secondo Ottocento*, Genova, Name ed., 1998, p. 65. El artículo en cuestión, como señala A. Anteghini, fue publicado en dos revistas diferentes: *Les Etats-Unis d'Europe*, n° 5, año II, 31/1/1869, p.18 y *Le Journal des Femmes*, n° 2, 20/3/1869, p.2. El libro de A. Anteghini examina las asociaciones de mujeres que, en Francia y en Suiza, lucharon en la segunda mitad del siglo XIX por el trabajo cooperativo, la paz, la educación, los derechos civiles y políticos.
70. Citado por A. Anteghini, de André Léo, Noémie Reclus, Mme. Verdure, Nelly Lieutier, Mme. Richer, "Revendications des droits civil", *Le Droit des Femmes*, 18/4/1869.
71. Citado según Inge Tryml, "Une grande figure méconnue- André Léo- sous l'Empire et la Commune", *La Commune*, enero 1982, n° 16, p. 21.
72. André Léo, "La femme et les mœurs. Liberté ou monarchie", París, *Le Droit des Femmes*, 1869, p. 73. Existe una edición reciente publicada en Lérot éd., Tusson (Charente), 1990, con prefacio de Monique Biarnais.
73. *Ibid.*, p. 105.

74. André Léo, *Marianne*, op. cit., p. 352.
75. Jules Vallès, *L'Insurgé*, Œuvres Complètes, París, Les éditeurs français réunis, 1951-1968, p. 144.
76. Louise Michel, *La Commune*, París, P.-V. Stock, 1898, p. 29.
77. E. Thomas, *Les pétroleuses*, op.cit, p. 58.
78. A. Leo, Berteault, Matorral, Chalain, Chate, Coupery, Davoust, Dianoux, Doby, Ruet, Lanjalley, Malon, Mangold, E. Reclus, M. Reclus, A. Rey, Rsevin, "Notre programme", *La République des Travailleurs*, 10/1/1871, nº 1.
79. La redaction, "L'union pour le salut", *La République des Travailleurs*, 22 a 29 enero 1871, nº 3.
80. André Léo, "Le fétichisme", *La République des Travailleurs*, 15 a 22 enero 1871, nº 2.
81. André Léo, "Les spéculateurs", *La République des Travailleurs*, 29 enero a 5 febrero, 1871, nº 4.
82. André Léo, "Bulletin", *La République des Travailleurs*, 22 a 29 enero 1871, nº 3.
83. André Léo, "Vouloir", *La République des Travailleurs*, 29 enero a 5 febrero 1871, nº 4.
84. *Journal Officiel*, 22/5/1871. La comisión de la enseñanza de la Comuna había decidido el aumento de las retribuciones de maestros y maestras y, por primera vez, había proclamado la igualdad de salarios entre hombres y mujeres (E. Thomas, *Les Pétroleuses*, op.cit., p. 136).
85. Diario político de la tarde, 31/3/1871-18/5/1871.
86. *La Commune*, revista de la tarde, 20/3/1871-19/5/1871.
87. *Le Cri du Peuple*, diario político, 22/2/1871-12/3/1871 y 21/3/1871-23/5/1871, redactor en jefe J. Vallès.
88. P. Albouy, "Le mythe de Paris et la Commune", in AA.VV., *Ricerche sulla Comune*, Milán, Centro grafico S, 1974, p. 24.
89. André Léo, "Appel aux consciences", *La Sociale*, 23/4/1871 y *La Commune*, 22/4/1871.
90. André Léo, "La France avec nous", primera página, *La Commune*, 9/4/1871.
91. André Léo, "Au travailleur des campagnes", *La Commune*, 10 abril, y *La Sociale*, 3 mayo. Reproducido también en B. Malon, *La troisième défaite du prolétariat français*, Neuchâtel, Guillaume fils ed. 1871, pp.169-173.
92. Id.
93. Id.
94. André Léo, *La France avec nous*, primera página, loc.cit..
95. Id.
96. André Léo, "Pas de conciliation", *La Sociale*, 20/4/1871.
97. B. Malon, *La troisième défaite...*, op.cit., p.189.
98. André Léo, "Les soldats de l'idée", *La Sociale*, 28/4/1871.
99. André Léo, "Toutes avec tous", *La Sociale*, 12/4/1871, y *La Commune*, 14/4/1871.
100. André Léo, "Aventures de neuf ambulancières à la recherche d'un poste de dévouement", *La Sociale*, 6/5/1871.
101. André Léo, "La Révolution sans la femme", *La Sociale*, 8/5/1871.
102. André Léo, "Le programme de la Commune", *La Sociale*, 22/4/1871. La independencia de los municipios de Francia también era uno de los objetivos de la AIT.
103. André Léo, "En faveur de la liberté de presse", *La Sociale*, 22/4/1871.
104. L. Rossel, *Mémoires et Correspondance de Louis Rossel*, 1844-1871, París, P.-V. Stock, 1908, pp. 250-252.
105. André Léo, "Citoyens rédacteurs", *La Sociale*, 14/5/1871.
106. Les redacteurs, "Les infâmes", *La Sociale*, 16/5/1871.
107. André Léo, *La guerre sociale*, Neuchâtel, impr. Guillaume fils, 1871, p. 5.
108. Refugiada en Suiza tras la derrota de La Comuna, André Léo denunció en conferencias públicas los horrores de la semana sangrienta. No las publicó todas, pero B. Malon reprodujo varios fragmentos de ellas en *La troisième défaite du prolétariat français*, op.cit., pp.441, 450, 490.
109. La Liga era una organización de burgueses liberales, fundada en 1867.
110. André Léo, *La guerre sociale*, Neuchâtel, impr. Guillaume fils, 1871.
111. *Ibid.*, p. 5.
112. *Ibid.*, p.11.
113. *Ibid.*, p.12.
114. *Ibid.*, p.14.
115. *Ibid.*, p. 25.
116. *Ibid.*, p. 25.
117. *Ibid.*, pp 38-39.
118. Según "Nature de l'action politique du prolétariat", tercera resolución votada por el Congreso Internacional Federalista de Saint Imier, realizado el 15 y 16 de septiembre de 1872. Al respecto, se puede ver J. Freymond, *La Première Internationale, Recueil de documents*, Ginebra, librería E. Droz, 1962, t. II, p. 7.
119. J. Guillaume, *L'Internationale. Documents*

et souvenirs (1864-1878), París, Société nouvelle de librairie et d'édition (t.I y II), P.-V.Stock éd. (t.III et IV), 1905, 1907, 1909, 1910, tercera parte, cap. 12, p.219.

120. *La Révolution Sociale*, Ginebra, del 26 de octubre de 1871 al 4 de enero 1872; semanario de los jueves. A partir de noviembre de 1871 se convirtió en órgano de la federación del Jura y sostuvo las tesis de Bakunin contra las de Marx.

121. Una de las principales preocupaciones de esta sección era la difusión de ideas socialistas en el campo.

122. André Léo, "Le débat survenu dans l'Internationale", *La Révolution Sociale*, 30/11/1871, n° 6.

123. André Léo, "L'Esprit de l'Association Internationale", *La Révolution Sociale*, 9/11/1871, n° 3.

124. Id.

125. Citado en J. Guillaume, *L'Internationale*, op. cit., t.II, p.222.

126. André Léo, *En chemin de fer*, Nancy, Imprimerie Nancéienne, 1898, pp. 95-98.

127. André Léo, "L'éducation et la bible", *Almanach du Peuple pour 1872*, diciembre 1872.

128. André Léo, *Almanach du peuple pour 1873*, diciembre 1873.

129. A. Dalotel, *Benoît Malon, troisième fils d'André Léo*, op. cit., p. 88.

130. L. Guillaume, *L'Internationale*, op.cit., t.III, p. 321.

131. Ibid., t.IV, p.309.

132. André Léo, "La femme en Italie", *Ordre Social*, n° 6, pp.175-183.

133. Id.

134. J. Maitron, *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français*, op.cit., p.52.

135. Id. y B. Noel, *Dictionnaire de la Commune*, op. cit.

136. André Léo, *L'enfant des Rudère*, op.cit., p. 416.

137. André Léo, Ibid., p. 280-281.

138. André Léo, *La famille Audroit et l'éducation nouvelle*, París, E. Duruy, 1899, p.72.

139. Ibid., p.207.

140. *En chemin de fer. Aux habitants des campagnes*, André Léo, Nancy, impr. Nancéienne, p. 37.

141. Ibid., p. 80.

142. André Léo, *Coupons le câble*, París, A. Fischbacher, 1999, p. 21.

143. André Léo, *En chemin de fer*, op. cit., p. 48.

144. André Léo, *Coupons le câble*, op.cit., p. 39.

145. Según el texto de la alocución pronunciada por Alain Dalotel, que rindió homenaje a André Léo en el cementerio de Auteuil en París, el 19 de octubre de 1991. Documentación de la Association André Léo, Lusignan.

146. Léo, ingeniero civil, murió en 1885, y André, profesor de química agrícola, murió en 1893.

147. Testamento de André Léo según A. Veber, "Mouvement social en France et à l'étranger", *La revue socialiste*, febrero 1901, t. 33, n° 194, p. 225.

BIBLIOGRAFÍA DE ANDRÉ LÉO

Novelas

1851 *Une vieille fille*, Bruxelles, A.Lebègue éd. (2e éd., 1864, París, A.Faure éd.) pp.191 / **1862** *Un mariage scandaleux*, París, Hachette éd. (2e éd., 1863, A.Faure éd.; 3e éd., 1866, A.Faure éd.; 4e éd., 1883, C.Marpon et E.Flammarion éd.), pp. 500. Reeditada en el segundo trimestre de 2000 por la Association des Publications Chauvinoises (Chauvigny). / *Un divorce*, París, bureaux du Siècle (2e éd., 1866, Librairie Internationale, A.Lacroix, Verboeckhoven & C. éd.; 3e éd., 1869, ibid.) pp.490. / **1865** *Les deux filles de Monsieur Plichon*, París, A.Faure éd. (3e éd., 1868, L.Hachette éd.) pp.350 / *Jacques Galéron*, París, A.Faure éd. (2e éd., 1865, ibid.; 3e éd.1868, bureaux de La Coopération), pp.176 / **1867** *L'idéal au village*, París, Hachette et Cie, pp.329 / **1869** *Aline-Ali*, París, Librairie Internationale, A.Lacroix Verboeckhoven & C. éd. (3e éd., 1869, ibid.), pp.383 / **1876** *La grande illusion des petits bourgeois*, París, bureaux du Siècle, pp.193-309 / **1877** *Marianne*, París, bureaux du Siècle, pp.155-365 / **1879** *Grazia*, París, bureaux du Siècle, pp.317-487 / **1880** *L'épouse du bandit*, París, bureaux du Siècle, pp. 129-328 / **1881** *L'enfant des Rudère*, París, bureaux du Siècle, (2e éd., s.d., S.é. Monillot), pp.681-824 / **1890** *Les enfants de France*, Poitiers / **1891** *La justice des choses*, Poitiers, P.Blanchier, 2 volúmenes (2e éd., 1893, ibid.), 1ère partie: *Une maman qui ne punit pas*, pp. 341; 2e partie: *Les aventures d'Edouard*, 350 páginas **1892** *Le petit moi*, París, M.Dreyfous éd., pp. 393 / **1898** *En chemin de fer. Aux habitants des campagnes*, Nancy, impr. Nancéienne, pp.105 / **1899** *La famille Audroit et l'éducation nouvelle*, París, E.Duruy, pp.216.

Cuentos

1867 *Double histoire. Histoire d'un fait divers*, Bruxelles, bureaux de La Coopération (2e éd., 1868, París, L. Hachette éd., 229 páginas). Hay una traducción al italiano en *La Plebe*, n° 1 (15/1/1875) a n° 17 (17-3-1875) / **1868** *Attendre-Espérer. Les désirs de Marinette*, París, L. Hachette (2e éd., 1868, ibid.), 226 páginas **1870** *Légendes corréziennes*, París, L. Hachette, pp.210 **1873** **La commune de Malempis**, La République Française (2e éd., 1874, París, Librairie de la Bibliothèque démocratique Hay una traducción al italiano en *La Plebe*, 1881, apéndice.

Tratados

1869 *La femme et les mœurs. Liberté ou monarchie*, París, en la revista *Le droit des femmes*, 174 páginas. Hay una edición de 1990, Tusson (Charente), Du Lérot éd., 1990 / **1899** *Coupons le câble*, París, A. Fischbacher éd., 82 páginas.

Ensayos

1865 *Observations d'une mère de famille à M.Duruy*, París, A.Faure éd., pp.48.

Circulares

1870 A. Léo, J. Tousaint, E. Reclus, "A tous les démocrates", *L'Agriculteur*, periódico del domingo, París, impr. de J. Voisvenel, 14, rue Chauchat, pp.2.

Manifiestos

1871 "Au travailleur des campagnes", *La Commune*, 10 abril, y *La Sociale*, 3 mayo. También en B. Malon, *La troisième défaite du prolétariat français*, Neuchâtel, impr. Guillaume fils, pp.169-173.

Discursos

1871 *La guerre sociale (discours prononcé au Congrès de la Ligue de la paix et de la liberté, tenu à Lausanne le 27 sept. 1871)*, Neuchâtel, impr. Guillaume fils, pp.39.

Obras de las que sólo se conoce el título

L'institutrice / Marie la Lorraine / Les drames du cerveau / Sœur Sainte Rose / Communisme et propriété / Le père Brafort

Ártículos

1867 Lettre au rédacteur, *La Coopération*, n° 12, 10 febrero / Les fêtes coopératives, *La Coopération*, n° 15, 24 marzo / Les associations à Nantes, *La Coopération*, n° 18, 5 mayo / Article nécrologique à la mémoire de Grégoire Bordillon, *La Coopération*, n° 25, 11 agosto / L'économiste et la ménagère, *La Coopération*, n° 26, 25 agosto **1868** L'association agricole, *La Coopération*, n° 10, 12 enero / Les Etats-Unis de l'Europe, *La Coopération*, n° 12, 9 febrero **1869**

s.t., L'Egalité, n° 8, 13 marzo / La Ligue des femmes en France, *Les Etats-Unis d'Europe*, n° 5, 2ème année, 31 enero, y en *Le Journal des Femmes*, n° 2, 20 marzo / A. Léo, N. Reclus, Verdure, Lieutier, Richer, Revendications des droits civils, *Le Droit des femmes*, n° 2, 18 abril **1871** A. Léo, Buisson, Chalain, Chate, Coupery, Davoust, Dianoux, Doby, Ruet, Lanjalley, Malon, Mangold, Reclus, Rey, Sevin, Notre programme, *La République des Travailleurs*, n° 1, 10 enero / Le fétichisme, *La République des Travailleurs*, n° 2, du 15 al 22 de enero / Bulletin, *La République des Travailleurs*, n° 3, 22 a 29 enero / Vouloir, *La République des Travailleurs*, n° 4, 29 enero a 5 febrero / Les Prussiens de Paris, *La République des Travailleurs*, n° 4, 29 enero a 5 febrero / Les spéculateurs, *La République des Travailleurs*, n° 4, 29 enero a 5 febrero / Les arrivés, *La République des Travailleurs*, n° 5, 3 febrero / Non, tout n'est pas fini, *La République des Travailleurs*, n° 6, 4 febrero / La France avec nous (1ª parte), *La Commune*, n° 21, 9 abril, (2ª parte partie), *La Commune*, n° 22, 10 abril / Les conciliateurs, *La Sociale*, 10 abril / Toutes avec tous, *La Sociale*, 12 avril et *La Commune*, n° 25, 14 abril / Le droit commun, *La Sociale*, 18 abril / Pas de conciliation, *La Sociale*, 20 abril / La plus libérale des Assemblées, *La Sociale*, 21 abril / Appel aux consciences, *La Commune*, n° 33, 22 abril et *La Sociale*, 23 abril / Le programme de la Commune, *La Sociale*, 22 abril / [En faveur de la liberté de presse], *La Sociale*, 22 abril / A. Léo, A.Jaclard, S.Poirier, Buisard, "Témoignage de dévouement à la Commune", *Le Cri du Peuple*, n° 55, 26 abril / Un soufflet prussien au grand orateur, *La Sociale*, 26 abril / Les soldats de l'idée, *La Sociale*, 28 abril / Les neutres, *La Sociale*, 30 abril / A. Léo, A. Jarry, A. Collet, E. Fallon, Gasdon, E. Reiche, M. Briffant, M. Peuriant, O.Rupper, "Appel aux femmes", *Le Cri du Peuple*, n° 62, 2 mayo / Le socialisme aux paysans, *La Sociale*, 3 mayo / Aventures de neuf ambulancières à la recherche d'un poste de dévouement, *La Sociale*, 6 mayo / La révolution sans la femme, *La Sociale*, 8 mayo / Réponse au citoyen Rossel, délégué à la guerre, *La Sociale*, 9 mayo / Le complot monarchique en province (1ère partie), *La Sociale*, 12 mayo / Citoyens rédacteurs, *La Sociale*, 14 mayo / Une enquête urgente, *La Sociale*, 15 mayo / Le complot monarchique en province (2e partie), *La Sociale*, 16 mayo / [A.LEO], Congrès de Lausanne, *Le Réveil International*,

n° 2, 2 octubre / [A.LEO], Meeting de l'Internationale, *La Révolution Sociale*, n° 1, 26 octubre / [A.LEO], Comment des socialistes honnêtes, intelligents et dévoués sont expulsés de l'Internationale de Genève, *La Révolution Sociale*, n° 2, 2 noviembre / [A.LEO], L'esprit de l'Association Internationale, *La Révolution Sociale*, n° 3, 9 noviembre / [A.LEO], Le débat

survenu dans l'Internationale, *La Révolution Sociale*, n° 6, 30 noviembre. **1872** L'éducation et la bible, *Almanach du peuple pour 1872*. Ahora en AAVV, Simples questions sociales, Saint-Imier, s.d., pp.22-26 / **1873** L'éducation démocratique, *Almanach du peuple pour 1873*, año 3 **1880** La femme en Italie, *Ordre Social*, n° 6, pp.175-183

¿No es demasiado descarado pretender que la mujer nace únicamente para la función maternal, mientras que el hombre nacería simplemente para la vida humana, es decir, para sí mismo?

La mujer nace, tanto como el hombre, para la vida, como lo demuestran sus diversas actitudes. Y, como para todo ser consciente, su deber sólo concierne a su propia conciencia, ya que su deber no puede preceder a su libertad.

André Léo

La femme et les moeurs. Monarchie ou Liberté (1869)
Du Lérot, éditeur, Tusson (Charente), 1990, p. 92

Dicen que la unidad social no es el individuo sino la familia, así jerarquizada: padre, madre, hijo. Y los argumentos para tan extraño dogma de una nueva trinidad, no menos dogmático y místico que el antiguo, los encuentran, como siempre, en la naturaleza *particular* de mujer y en la necesidad de *orden* en el seno de la familia.

André Léo

La femme et les moeurs. Monarchie ou Liberté (1869)
Du Lérot, éditeur, Tusson (Charente), 1990, p. 104